



Luvina

literatura + arte

La casa del cementerio

LEÓN DOUGLAS

Sinfonolo

RAÚL DORANTES

Del gusto al oficio

Entrevista con León Plascencia Ñol

ELIZABETH FLORES

Número 5
\$15.00

Mercedes Medina

presenta su disco

"Mi México de ayer"



20:30 hrs.

8 de Noviembre

Cine-Foro

de la universidad de Guadalajara

(Av. Juárez 976)



informes en el Centro Cultural Casa Vallarta

Programa Universitario



Promoción a la Lectura

los autores en tu
escuela

los autores en tu
escuela

los autores en tu
escuela



COORDINACIÓN
GENERAL DE EXTENSIÓN

COORDINACIÓN DE PROMOCIÓN
Y DIFUSIÓN CULTURAL

951512



FOMES · UdeG

El fondo editorial de la Universidad de Guadalajara
(700 títulos y 19 revistas académicas)

se vende en el nuevo domicilio de la

Coordinación editorial

Francisco Rojas González 131
entre Avenida México y Justo Sierra
Colonia Ladrón de Guevara
CP 44600, Guadalajara, Jalisco
Teléfonos 615-7589 y 615-8742
Fax 615-8192

También en los módulos de venta de libros y revistas de la Universidad y en las principales librerías de la zona metropolitana de Guadalajara

Tecnología y Experiencia a su Servicio

Centro Digital
de Servicios
Gráficos

Todo en un mismo sitio

Color Digital

Justo Sierra 287, Col. Ladrón de Guevara,
Guadalajara 44600, Jalisco
Tel.: (01) 630 0271 y 630 0504

LINEAS DE

Papel

DE ALTA CALIDAD

Magno Star
Couché dos caras
brillante triple
recubrimiento

Magno Print
Couché dos caras
brillante

Magno Matt
Couché dos caras
mate

Magno Label
Couché una cara
brillante

Lignotop
Lignoplus
Couché de peso
ligero

Stromcard (Finlandia)
Everest (U.S.A.)
Ensocoat (Finlandia)
Cartulinas sólidas
blanqueadas al sulfato

Bond, Enso Print
Finlandia

Bond Alta Blancura
Brasil

Europrint
Austria
Euromatt
Austria

Bond Nacional
Printers
Blanco y colores

Opalina Blanca
y Colores
Cartulina y Papel

Papeles Texturizados
Cross Pointe, Passport
y Normandie
Cartulina y Papel



Representaciones y Asesorías Gráficas de Occidente, S.A. de C.V.
Milano 1135, col. Morelos • Tels. 812 5034, 812 5126 y 812 5643

en vísperas y novedades

En aras del saber

CESAR LÓPEZ CUADRAS

7

Cirilo. La defensa de Mezcala

SALVADOR NAVARRO SÁNCHEZ

11

de los creadores

El Sol

AVE BARRERA

14

La casa del cementerio

Fragmento

LEÓN DOUGLAS

15

11

15

JORGE SOUZA

19-20

Vuelta por la ciudad

ISRAEL CARRANZA

21

El vampiro

EL SEIS

23

Isaac Reyes

o una poesía pictorizante

ÁNGEL ORTUÑO

24

del morral

Del gusto al oficio

Entrevista con León

Plascencia Ñol

ELIZABETH FLORES

35

El olvido, la llama

LEÓN PLASCENCIA ÑOL

38

Reseña

Donde el amor tiene un

precio, de Matilde Pons

LOURDES CELINA VÁZQUEZ

39

Sinfonolo

RAÚL DORANTES

26

Sacrificio

LUIS G. ABBADIÉ

28

Cuento sobre la fundación y destrucción de una santa provincia y anexa la leyenda

DAVID IZAZAGA

29

Harto de laberintos

GUADALUPE ÁNGELES

31

Solalá

Cantatriz

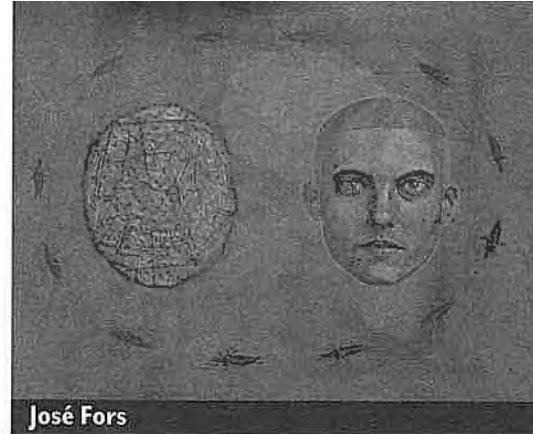
LUZ BALAM

32-33

Poema de

MARGARITA VALDIVIA

34



José Fors

Reconstrucción del tiempo y la palabra en *Junturas*, de Raúl Bañuelos

JOSÉ FRANCISCO CONDE

ORTEGA

42

En taller

Ray Smith

BAUDELIO LARA

43

saltatexto

MARCO

FABIÁN Y JUAN PABLO VADILLO

(POLLO)

SANTIAGO Y GILBERTO

46

Textos al padre

JULIO CÉSAR

TANIA

ARTEMIO

46

Pintar en papel kraft

46

El desierto

MAURO

JULIO

JUAN PABLO

47

CARLOS ANDRÉS Y

JULIO CÉSAR

47



Universidad de Guadalajara: Rector general, Víctor Manuel González Romero; Secretario general, José Trinidad Padilla López; Vicerrector ejecutivo, Misael Gradilla Damy; Coordinador general académico, Salvador Acosta Romero; Coordinador general administrativo, Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas; Coordinador general de extensión, Roberto Castelán Rueda.

Luvina: Coordinador editorial, Cesar López Cuadras; Consejo editorial: Arturo Azuela, Martha Cerda, Efraín Franco, Baudelio Lara, Jorge Orendáin, Víctor Manuel Pazarín, Guadalupe Sánchez, Arnulfo Eduardo Velasco, Wolfgang Vogt; Saltatexto, Gilberto Domínguez.

Se publica como parte del proyecto FOMES: Publicaciones periódicas universitarias (PUBLIFER): Coordinación general, Carlos Ramiro Ruiz Moreno; Editor, Francisco Castellón Amaya; Asistente de edición, D. Marisa Martínez Moscoso; Cuidado de la edición, Brígida Botello Aceves; Oficinas: Vallarta 1668, Guadalajara, Jalisco. CP 44170. Tels. (913) 615 49 22, 615 49 30 y 615 49 80. Fax 615 50 18. Diseño: TonoContinuo, Enrique Díaz de León 514-2. Tel./fax 827 21 05. Prerensa, Color Digital, Justo Sierra 2387; Impresión, Doble Luna editores e impresores, s. a., Ing. Hugo Vázquez Reyes núm. 24, Los Belenes, Zapopan, Jal., Tel. 656 62 68.



El Fondo para la Modernización de la Educación Superior (951512) otorgó apoyo financiero para la edición de esta revista.

Luvina
literatura y arte

Septiembre-octubre
de 1996

Acércate al
Arte

DANZA

MÚSICA

TEATRO

Calzada Independencia Sur
s/n, Núcleo agua azul
informes al tel: 6 19 37 70

Teatro Experimental

de Jalisco

Ya instalados en el otoño, lanzamos a la luz pública el número 5 de *Luvina*. Se dan cita aquí todos, o casi todos, los géneros de la creación literaria, además de la reseña, la entrevista, el comentario, etcétera. Nombres conocidos, autores nuestros: Israel Carranza, Ángel Ortuño, Raúl Bañuelos, David Izazaga, Guadalupe Ángeles, entre otros. También nombres menos cercanos pero de igual valía: Raúl Dorantes y León Douglas, potosino aquél y hondureño éste, miembros del consejo editorial de la revista *Fe de Erratas*, esfuerzo literario de los hispanos en la ciudad de Chicago, poseedores ambos de una prosa poéticamente deslumbrante.

Por su poemario *Los ángeles líquidos: el aire*, León Plascencia Ñol fue distinguido en Colombia con el premio Alvaro Mutis. *Luvina* se une al festejo publicando una entrevista que con tal motivo Elizabeth Flores hizo al autor premiado.

En taller, la sección de plástica a cargo de Baudelio Lara, regresa a estas páginas con el nombre que la vio nacer. El tono alegre de Saltatextos, como hasta ahora ha sido, cierra el número.

Luvina continúa bajo la aspiración de consolidarse como espacio abierto para la creación literaria. Letra libre en página abierta, bien podríamos decir.

José FORS

Donde he andado, a donde voy, a donde iré, no hay lugar para escaparme del ojo de José.

El retrato de mi alma, de mi ser más personal, el que me duele ser, sólo tú lo ves, José.

Trazo limpio, incisivo, quirúrgico, litúrgico, impúdico, a la Fors.

Amigo del abismo más oscuro, del límite al extremo de la sinrazón; donde la tierra se vuelve plana, resucito con un grito sin sonido, para oír el latido de mi roto corazón; donde el ojo se niega a cerrarse ante la desgarradora realidad de tu visión.

Blanco y negro son cortados por el rojo bisturí de tu pincel, vida y muerte se confunden dando la vida a la belleza del dolor, nuestro eterno compañero,

así sea

Jorge Álvarez, galero



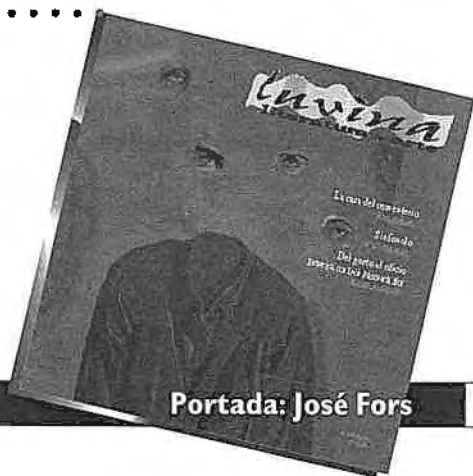
Transplante / 130x80cm / óleo y sobre tela

Bajo rostros anónimos José ara paisajes tranquilos, el poco color que siembra cae como semillas en los surcos que mapean el campo de sus hojas.

Siempre me ha fascinado en el dibujo de José, no los rostros torturados, ni su vertiginosa habilidad, sino la realidad que se filtra por su entramado, donde el vacío finge ser atrapado. Esa realidad susurrada, invernial, campesina y solitaria muy ajena a la que hoy nos rodea.

Esto no es un poema, tampoco es prosa y ni siquiera una cuartilla; es tu jardín tras mi cárcel.

Paul Nevin, escultor

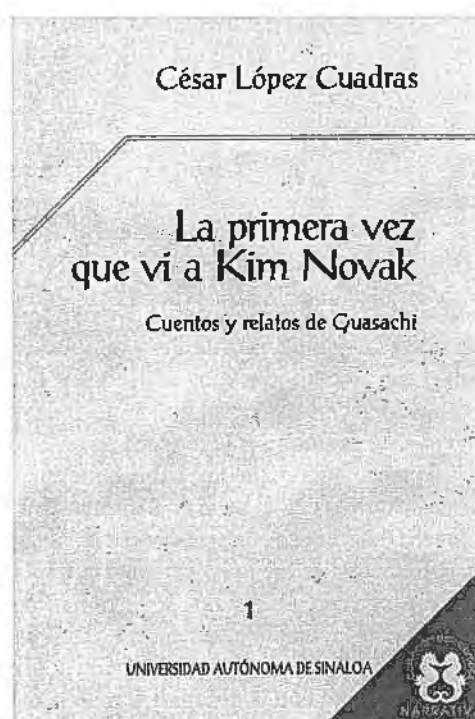


Portada: José Fors

Pornografía / 130x160cm / óleo y acrílico sobre tela

En aras del saber*

CESAR LÓPEZ CUADRAS



Ignoro si la filosofía conoció épocas mejores en Guasachi, pero sé que goza de mala fama. Se le ha tenido por causa de catástrofes similares a las que provoca el mal de amores, la posesión satánica y demás trastornos de la mente. Por esta razón, los espíritus sensibles que durante las noches asoman a una ventana solitaria para interrogar al infinito, son siempre sujetos de vigilancia suspicaz. Discernir entre un lunático y un filósofo es una de las artes que mayores dificultades presenta a mis paisanos.

No debe pensarse, a pesar de ello, que tales apreciaciones carezcan de fundamento, si bien es cierto que, en buena medida, su origen está en el natural de mi gente, dispuesta en todo momento a tomar la parte accesoria de la verdad por la verdad absoluta, sobre todo aquella más espectacular y manifiesta.

Ahora que regreso a mi pueblo a cumplir una difícil encomienda, quizá valga la pena referir algunas historias de las que me he enterado a mi llegada, y que dan cuenta del origen de estos malentendidos.

Al fundarse la preparatoria de Guasachi –al inicio de esta década de magnicidios y movimientos estudiantiles–, a falta de profesores especializados para la enseñanza en el bachillerato, se recurrió a los médicos, abogados e ingenieros disponibles. Ávidos por figurar en la lista de catedráticos, entusiasmados, se repartieron las materias. Curiosamente, la de filosofía despertó escaso interés y no pocas reservas. A raíz de ello, la plaza quedó sin ocupar, en espera de un voluntario dotado con la valentía exigida para la empresa.

Los cursos iniciaron sin cubrirse la vacante. A los quince días, el director tuvo que enfrentar los reclamos de los alumnos. Como tardara en resolverse, el asunto trascendió los muros del plantel y pasó a formar parte obligada de las conversaciones de los lugareños. Pronto la filosofía se apoderó de la mente de todos, y se convirtió en un arcano del que nadie podía dar cuenta. En el mercado, mientras se pesaba la carne o se escogía la verdura, se hablaba de la misteriosa palabra.

— Quesque no hay maistro p'a filosofía –dijo un día una clienta al carnicero, mientras conversaban sobre el asunto, y agregó—. ¿Qué fregados será eso, don Pancho?

—Yo sé verga, doña Julia –contestó impertérrito el aludido–; habría que preguntarle al cura.

*Cuento incluido en *La primera vez que vi a Kim Novak*, publicado recientemente por la Universidad Autónoma de Sinaloa.

Fue así como se cayó en cuenta de que si alguien en el pueblo sabía del tema era precisamente el párroco. Los alumnos tomaron la iniciativa y hablaron con él. El padre aceptó gustoso la propuesta, y les pidió que el director la hiciera oficial. Éste la consultó con el patronato de la escuela, el cual, dominado por los masones, desechó tajante al candidato, y ofreció, a cambio de razones académicas, un anatema anticlerical de dudosa inspiración juarista.

Dolido por la primacía del cura en la consideración popular, el abogado más prestigiado y decano de los litigantes del pueblo decidió enfrentar el reto y restaurar la pequeña abolladura sufrida por el laicismo liberal a manos de las fuerzas conservadoras. Se le asignó la titularidad sin que se indagaran sus competencias en la materia.

Cuentan que, desde entonces y durante algunos meses, se le vio por las tardes recorrer el amplio portal frente a su casa, con un libro de pastas marrón y hojas amarillentas en la mano, profiriendo misteriosas sentencias en un desenfreno peripatético interminable. Pese a sus empeños, enfrentó serias dificultades en la transmisión de sus conocimientos; por tal causa, su talante, habitualmente tranquilo, se volvió colérico. Padeció insomnio y úlcera gástrica, y una tarde infausta arrojó el libro contra la pared, con un ensañamiento que en las familias decentes sólo se deparaba a las adúlteras.

Cuando los alumnos supieron del incidente, prepararon afilados dardos, que le lanzaron apenas encubiertos en preguntas inocentes. Al verlo llegar a clases con el libro desmadejado, quisieron indagar sobre el deplorable estado del volumen. El abogado intentó eludir el agujoneo, y entró rápidamente en materia. Sin embargo, su equilibrio emocional se vino a tierra cuando un insolente de la última fila lo invitó a convertirse en el lanzador estelar del equipo de beisbol de la escuela, con el argumento de que tenía un brazo en excelentes condiciones. Transformado en ochenta y cinco kilos de ira enfundados en una guayabera blanca, emprendió una fuga atropellada que terminó en su residencia, donde estuvo ingiriendo jarras de té de tila durante el resto del día.

Aquello devino drama familiar, pues la mujer, víctima de los arrebatos del marido, encontró un bálsamo para sus mortificaciones en las prédicas del cura, a quien dio por visitar con mayor frecuencia. Esto condujo a nuevas desavenencias, frente a las que los hijos y parientes cercanos terminaron por tomar partido. Se dice que viejas reucillas reaparecieron potenciadas: conejones extraídos de los antiguos roperos donde habían estado royendo pacientemente el decreto de una armonía familiar obligatoria.

El abogado jamás volvió a poner un pie en la escuela. Al cabo de varias semanas, tuvo a bien enviar su renuncia por motivos de salud, pero cuyas verdaderas causas, a esas alturas, nadie ignoraba en el pueblo. Durante los primeros días de su ausencia, más que lamentar la pérdida, los pupilos dedicaban la hora libre a poner en escena las dotes oratorias de su fallido maestro: "Yo sólo sé que no sé nada", recitaba con gravedad frente al grupo un actor improvisado.

Mínada la salud, abandonado por sus inmejores clientes -familiares de su mujer la mayoría-, víctima del escarnio estudiantil y presa de la maledicencia pública, el abogado vio llegar prematuramente la hora de su retiro. Dedicó el resto de sus días a guardar las apariencias.

Con la renuncia, retornó a los alumnos el interés por la materia. Corría la mitad del semestre, y del curso sólo habían aprendido los nombres de Sócrates, Platón y Aristóteles, que en su mente llana resonaban como si

se tratase de una tripleta de atacantes miembros de un probable equipo extranjero de futbol. Volvieron a la carga sobre el director.

Gracias a la comedida y discreta intervención del cura, el director de la preparatoria supo de otro candidato: un ex seminarista, tentado por los placeres mundanos poco antes de tomar las órdenes menores. Sólo el padre conocía en el pueblo esta parte de la vida del candidato. Con su ayuda se había avecindado en Guasachi, donde contrajo matrimonio. Habiendo renunciado a abrazar el ministerio de San Pedro, se ganaba el sustento ejerciendo el noble oficio del padrastrero del Nazareno.

Como se dudara de sus conocimientos, el director quiso obtener algunas seguridades para no repetir el desaguisado. Éste me comentó que, en una tarde de café, el prófugo de la sotana hizo una ostentación de escolástica filosófica que disipó dudas y despertó su admiración. Se le asignó la materia sin mayor trámite. Una mañana apareció en el aula portando un pequeño y angosto veliz de madera de cedro finamente pulimentada, que usaba a manera de maletín. El Cajitas, lo bautizaron.

Con el nuevo profesor, las dificultades pasaron al bando de los discípulos. Éstos, sin embargo, maravillados con el hallazgo, desplegaron denodados esfuerzos para no defraudarlo. Los que perdieron, en cambio, fueron los clientes del carpintero. A las pocas semanas, la entrega de los trabajos comenzó a sufrir contratiempos diversos y el taller padeció un paulatino abandono. La nostalgia por las discusiones dialécticas se apoderó del antiguo seminarista. Encargó algunos libros a la capital, cuyos contenidos rebasaban las elementales exigencias de un curso introductorio de filosofía. Las jornadas diurnas en la carpintería se fueron acortando, en tanto las nocturnas, dedicadas a la lectura bajo una luz amarillenta, se prolongaban hasta la madrugada.

A diferencia del abogado, se le dulcificó el carácter, y el rostro adusto del trabajo se le suavizó con una mirada diáfana, que comenzó a perderse en puntos indefinidos y remotos. Este cambio le sirvió para erigir una fortaleza inexpugnable, desde donde resistió pacientemente los enfurecidos embates de su mujer, que ella desplegaba con intención de devolverle el amor por la madera.

Pero no hubo remedio: había entrado en un curso irreversible. La cosa se agravó con el paso de los semestres al irse incrementando el número de grupos y, en consecuencia, la carga horaria de la célebre materia. El taller fue prácticamente cerrado y la mujer padeció los desasosiegos del abandono. Se llegó a rumorar, incluso, que, como a su bíblico colega, un solícito Espíritu Santo había maquilado al carpintero al más pequeño de sus vástagos; versión confirmada meses después del alumbramiento con la desaparición de la madre, del recién nacido, del hijo de sus amores lícitos y de uno de esos compadres que nunca faltan.

No soñó, como José, con ángel alguno que viniera a darle consuelo; pero igual asumió abnegado el penoso designio divino. Su oficio de ebanista fue relegado al olvido y pasó entonces a depender totalmente de sus ingresos universitarios. En poco tiempo su figura desamparada reflejó con fidelidad su condición de maestro de tiempo completo.

Mantuvo los cursos durante algunos años, luego tramitó una beca y marchó a la universidad nacional a realizar estudios superiores de filosofía. No se le ha vuelto a ver por el pueblo. Topé con él ocasionalmente en la facultad. Es miembro de uno de los conventículos intelectuales de la capital.

Fue así como la famosa materia volvió a quedar sin titular. Pero bien se dice que los caminos de Dios son inescrutables. Meses antes de la partida

del Cajitas, un profesor de la secundaria de Guasachi sufrió un accidente de singulares consecuencias. Responsable del taller de radiotécnica, su vida había transcurrido sin mayores contratiempos entre bulbos, resistencias y condensadores. Impartía sus modestos conocimientos del mismo modo como los había adquirido: practicando, y no poseía mayor saber que el necesario para reparar un radio receptor escasamente averiado. Por salud mental se mantenía a una respetable distancia de los conocimientos teóricos del oficio.

— P' a qué te complicas la vida —decía a un colega más inclinado al estudio—. Nomás prueba de una por una cada chingaderita y a güevo que das con la descompostura. Era un hombre feliz.

Un día, sin embargo, al pasar junto a un poste de la red eléctrica, un cable venido del cielo le azotó la espalda intempestivamente. Cayó fulminado con los ojos en blanco vueltos a las alturas y mostrando en cada snela un pavoroso tulipán humeante. Unos electricistas bajaron presurosos para auxiliarlo, y permanecieron indecisos durante algunos minutos entre llevarlo al hospital o a la funeraria. Lo presentaron al doctor finalmente, como pidiéndole que levantara el acta de defunción. Pero no: estaba vivo.

Sobrevivió a la descarga y pudo llevar, según dicen, una existencia normal, no sin antes cubrir prolongada convalecencia y rehabilitación. Como secuela le quedó un miedo aterrador a todo artefacto eléctrico. Cuentan que se podía usar un caudín del oficio, a manera de escopeta, para mantenerlo a raya.

Su mentalidad práctica se tornó especulativa. Durante los meses de su recuperación, desarrolló un interés por la lectura de textos metafísicos que nadie había sospechado jamás. Comenzó con los *Rosacrucés*, la obra de Hermann Hesse, de cuya existencia ni siquiera se enteró al pasar por los dieciocho años, la devoró en unas cuantas semanas; continuó con Lobsang Rampa completo, y estaba embebido con las *Profecías de las pirámides*, de Rodolfo Benavides, cuando el doctor puso término a la febril carrera y lo envió de regreso al trabajo.

La sola idea de volver al taller le hacía sentir sobre la espalda el despiadado fluido de electrones y le provocaba en la planta de los pies un resquemor infernal. ¡Vuelvo madre!, espetó tajante. Corrían los meses en que el Cajitas preparaba su partida.

El director de la secundaria, enterado de la inesperada inclinación de su subordinado, lo mismo que de las reservas que profesaba a la materia que antes impartiera, hizo saber a su colega del bachillerato del probable snstituto. Éste lo consultó con el Cajitas, quien a su vez fue comisionado para que hiciera una visita al esotérico de alto voltaje. Le prestó algunos libros y, en las semanas previas a su partida, lo habilitó con los elementos más indispensables para que hiciera la suplencia. El Cajitas marchó después a la capital, ya con la conciencia tranquila. Los caminos de Dios son inescrutables.

El nuevo filósofo hizo el resto. Se dejó crecer pelo y barba; comenzó a vestir desaliñadamente y a vagar por las calles con un libro de su flamante pasión bajo el sobaco. Pronto le dio por asaltar transeúntes en las esquinas, a quienes retenía bajo el sol inclemente para asestarles sin misericordia sus arengas metafísicas. Cuando se presentó en el aula, nadie osó dudar de su condición de sabio.

Pese a las recomendaciones de su asesor, el contenido de la materia sufrió ciertos cambios. Los problemas del ser y el no ser, del espíritu y la materia, de la episteme y la doxa, que dominaron las disquisiciones filosóficas de los antiguos griegos y parte medular del curso

introdutorio, pasaron a un Ingar secundario. El nuevo profesor centró su interés en la influencia de las copulaciones astrales y de los magnetismos telúricos en la mente humana. La comunicación telepática y el estudio de mantras hipnóticos se llevaron otra gran tajada del tiempo de clase. La naturaleza de la pulgada piramidal, los ritos de los druidas célticos, la orientación de la pirámide del sol, los secretos de las tumbas egipcias, entre otros, eran los temas que elevaban el amperaje filosófico del antiguo radiotécnico. En cierta ocasión, llegó a sus manos un escrito con los últimos avances en las indagaciones sobre el verdadero emplazamiento del sanctasanctórum, que lo puso al borde del orgasmo.

Este cúmulo de saber sibilino cautivó a uno pocos alumnos, quienes se entregaron a su estudio con una fascinación orgiástica. Se formó un grupo iniciático que sesionaba en noches escogidas en el calendario lunar. Su Maestro —se le erigió ese pedestal— adoptó la práctica de leer y meditar al interior de una réplica de la gran pirámide, fabricada con delgados listones de madera, siguiendo instrucciones de un antiquísimo texto hermético. Sólo dentro de él sentía que armonizaba plenamente con el cosmos.

En los grupos no tardó en instalarse una división nítida entre estudiantes ordinarios y "la bola de mariguanos". Los padres, por su parte, comenzaron a recelar de las ausencias nocturnas de sus hijos, sobre todo al comprobar que no las destinaban a las juergas habituales de los jóvenes de su edad. Conocida la razón de sus desvelos, se procuró retirarlos de una influencia que se consideró nociva, y, al poco tiempo, la salud mental del Nostradamus de pueblo comenzó a ser tema de interés en el mercado. Lentamente, fue tejiéndose una fina red de rumores en la que, al cabo de pocos meses, quedó atrapado el sofista. Contribuyó al curso ignominioso de las cosas, el que sus arengas en clases y en las calles adoptaron progresivamente el tono patético de los sermones de un pastor protestante, abundantes de premomociones apocalípticas.

Cuando se llegó al límite, el director le entregó una carta del Instituto Nacional de Neurología, en la cual se le invitaba a colaborar en una investigación sobre inteligencia superior, en la que serviría de caso arquetípico. A pesar de sus reservas hacia el saber oficial, me cuentan que, hace una semana, marchó entusiasmado a la capital, en compañía de una discreta escolta.

Y ahora estoy yo aquí, de regreso a mi tierra, invitado por el patronato de la preparatoria para hacerme cargo de la vacante. A pesar del historial de la materia, me he visto obligado a aceptarla a causa de los recientes sucesos en la capital, que terminaron en una matanza de estudiantes. La tragedia tuvo como consecuencia menor que yo perdiera mi adjuntía, lograda pocos meses atrás con un destacado profesor de la universidad nacional.

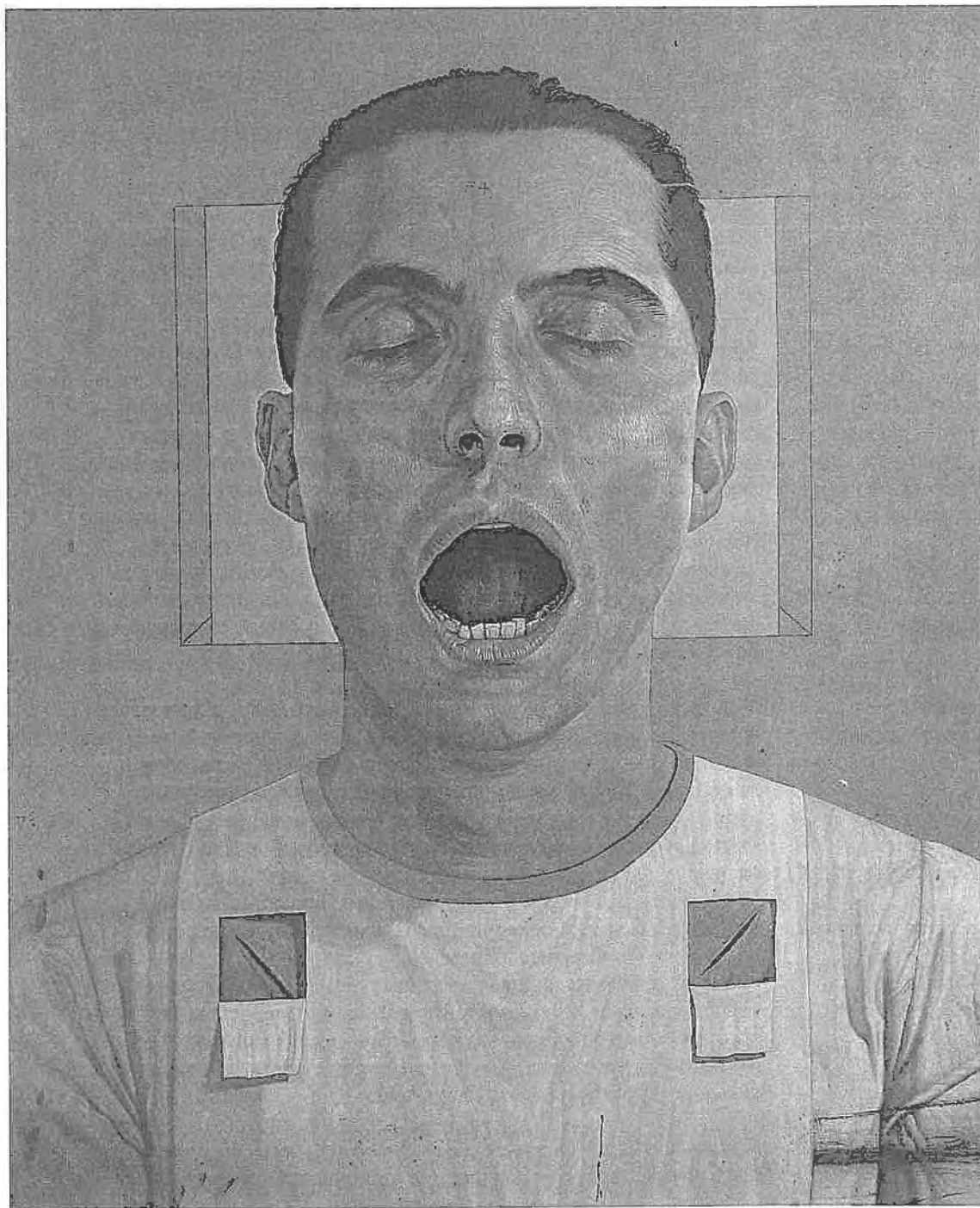
No son pocos los temores que me asaltan. Tengo frente a mis antecesores la ventaja de ser el primero en contar con la formación profesional adecuada para el cargo. No es esto lo que me inquieta. Cierto que el ex seminarista poseía también una preparación aceptable, pero no puede negarse que los excesos místicos de los que fue víctima atendían a sus antecedentes religiosos, que necesariamente daban un sesgo anticientífico a la materia. Aunque no estoy muy seguro de que, ante la gente, pueda yo hacer buenas estas razones.

Estoy a la espera del inicio de cursos. Tengo aquí pocos días aún, pero han sido suficientes para enterarme de los pormenores del caso. Muchos

me recuerdan en el pueblo, pero la mayoría no me conoce; sobre todo los jóvenes. Saben, sin embargo, a qué he venido, y, al parecer, eso es más importante que mi condición de paisano. Me he cortado el pelo y dije adiós a mi barba; me abstengo lo más que puedo de vestir los jeans de siempre, y a pesar del calor insoportable, he dejado los huaraches para volver a los zapatos. Podrán parecer exageradas estas medidas, pero me he propuesto no dar lugar a confusiones desde el principio; sobre todo tomando en cuenta que, ya en una ocasión, cuando regresaba del cine,

desde un callejón oscuro una voz sarcástica me lanzó el grito de ¡mariguano!

Quiero cumplir con mi gente y no defraudar al patronato. Sé que puedo salir adelante. Aunque por las noches me ha dado por pensar que quizá haya tenido razón mi madre cuando, hace años, al despedirme en la estación del ferrocarril, me dijo: "Ay, in'hijo, pa' qué te vas a sufrir tan lejos, a estudiar esa carrera de locos y muertos de hombre". Todo sea en aras del saber.

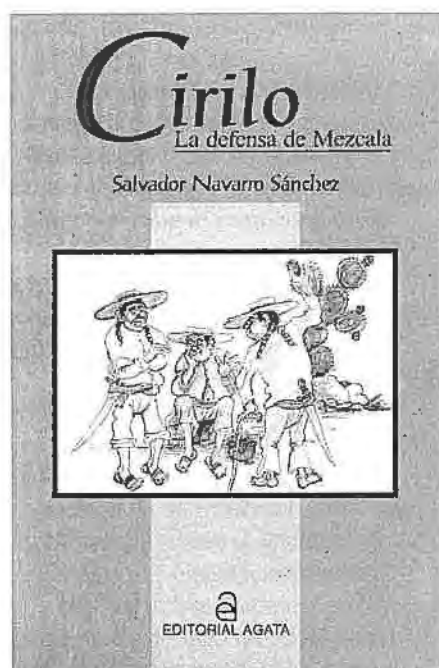


José Fors. Bigamia/ 130x160cm / mixta sobre tela

Cirilo

La defensa de Mezcala

SALVADOR NAVARRO SÁNCHEZ



En aquella época, Mezcala era un poblado apenas. Sus casas, esparcidas sobre la ribera del lago de Chapala, quizás eran muchas, o pocas, pues nadie tuvo la paciencia de contarlas.

Cada habitante tenía un buen pedazo de terreno y un jacal, y su vecino otro pedazo de terreno y otro jacal; así que el pueblo seguía el contorno de la laguna, serpenteando, hasta que ya no había jacales.

Tenía una iglesia, que no parroquia, la cual visitaba una vez o dos por semana un padrecito que, generalmente, era tan ignorante como los que iba a catequizar.

Decían las malas lenguas que cuando distribuían a los padrecitos, escogían al más tarugo pá Mezcala.

Era una comunidad indígena, pero el problema es que nunca nadie supo de qué indígenas se trataba. No hablaban la lengua de sus ancestros, pero de que eran indios, sí eran.

En una época en que se encontraron vasijas y monitos que pertenecieron a sus antepasados, fue un verdadero problema para nuestros "arqueólogos", uno decía que era "cultura azteca" sin dudar, otro lo tarugueó y afirmó enfáticamente que era "olmeca". Sucesivamente, les acomodaron origen "tolteca", "tarasco", etcétera. Hasta que se les acabaron las tribus.

Como toda comunidad indígena, estaba representada por un miembro designado por ellos mismos al que llamaban "comisario" y que después, con el tiempo, acabó por ser simplemente la "autoridad".

En realidad, las decisiones de aquel pueblo las tomaban los "gueguenches" y les valía madre las disposiciones de la autoridad y gobierno.

Eran siete los "gueguenches", aunque nunca supieron por qué deberían ser siete, y se juntaban para tomar decisiones solamente ellos, sin aceptar a ningún extraño que pudiera influir en su juicio.

Para ser "gueguenche" debían ser viejos, pero no tan viejos como para hacer "chochadas". Así como también ser avispados y de buen criterio, para que sus juicios fueran los de un hombre sabio y, como alguna vez me dijo Juan Magallón, "no cualquier pendejo puede ser gueguenche -a diferencia del gobierno establecido-, en que éstos tienen mucha oportunidad". Incluso llegan a ocupar cargos importantes.

Un día de tantos, fueron llamados los "gneguenches" por Juan Jaime, que también era la autoridad y gueguenche, a una junta importante.

Tardecito se juntaron en la Casa del Gobierno y principiaron su junta.

-Los hice venir -dijo Juan- pá decirles la necesidad que tenemos de que nos manden un "maistro". Ustedes se dan cuenta que la mayoría de nosotros no sabemos ni leer ni escribir y es justo procurar a alguien pá que nos desapendeje un poco... Y, sobre todo, que enseñe bien a los que están chiquillos, pá que no salgan tan animales. Ahí tieuen en San Nicolás: como tienen maistro, hasta un carajo chiquillo sabe sacar cuentas sin usar los dedos como nosotros.

-¿Y de ónde vamos a sacar pa' pagarle al maistro?

-De ningún lado, el gobierno 'tá procurando meter "maistros" a ónde quiera. Es cuestión de ir a exigirle al presidente municipal de Poncitlán que nos mande uno pa' acá. ¡También tenemos derecho nosotros!

-Dices bien Juan, a la hora que vinieron a echar "leva", sí les servimos al pinche gobierno, ¡pos' ora que se pongan a mano!

-De eso de la "leva" mejor mí digas nada. Acuérdense que todos nos "juyimos" pa'l cerro y nomás se llevaron a dos o tres, que por más señas a los pocos días se regresaron.

-Pos a la mejor por eso no nos quieren dar "maistro" -replicó Jacobo.

-No... No creo que sea por eso; ya la revolución va pá mucho que se acabó. Los que están en el gobierno andan queriendo quedar bien, manque sea prometiendo cosas que ni cumplen.

-Pos a la mejor así la hacen con nosotros... ¿Quién nos conoce? ¿O acaso tú tienes algún compradre en el Supremo Gobierno?

-No, pero de cualquier modo no hay peor lucha que la que no se hace. ¿Qué dicen pues? ¿Vamos?

Todos aprobaron con la cabeza y acordaron salir ese mismo lunes a Poncitlán, para poder encontrar a las "autoridades" en su trabajo. Así que salieron ese mismo lunes por la brecha que llevaba a Poncitlán. Cuando llegaron al Palacio Municipal causaron gran admiración entre toda la gente y las "autoridades" misinas. Aquel grupo de siete hombres con trenzas, calzón blanco y machete sostenido con el ceñidero, levantaba un poco de temor hasta en las mismas "autoridades".

El presidente les hizo una seña para que se pasaran a su oficina guardándose de ofender a aquellos indígenas, pero al mismo tiempo haciéndose acompañar por los dos policías que tenía a sus órdenes.

-¿En qué puedo servirlos?... ¿De dónde son ustedes?

-Inquirió el municípe.

-Semos de Mezcala y queremos que el "Supremo Gobierno" nos ponga un "maistro" -pa' que nos enseñe a los chiquillos- contestó Juan Jaime.

-¡Ah!... Para eso tienen que ir a Guadalajara... A la Secretaría de Educación... O verás, ahorita te busco el domicilio... A ver Pérez, venga para que les haga un oficio a esta gente, para el director de Educación.

Los "gueguenches" se miraron unos a otros sin acabar de entender qué era eso de la Secretaría de Educación, ni para qué el secretario les estaba escribiendo el "famoso oficio", con el domicilio apuntado.

Ya de regreso, Magallón se dirigió a Juan Jaime en tono de reproche:

-Ya vites... Todo lo que sacamos fue ese pinche papel... A mí se me afigura que la "autoridá" nomás lo hizo pa' hacemos tarugos y despacharnos de regreso.

-Ora ya la empezamos y la acabamos. Lo que vamos a hacer es lo que dijo ese "vale". Vamos a ir a la capital y vamos a buscar a la tal

Secretaría... Y si no nos hacen caso, vamos con el mero gobernador, pá exegile que no nos haga menos. Si le dio "maistro" a Chapala y "maistro" a San Nicolás, nos tiene que dar a nosotros. Yo digo que nos prevengamos con algunos pesos y, en unos tres días, nos vamos a Guadalajara.

Cuando el tren silbó anunciando su llegada, cuando menos cinco de los "gueguenches" hicieron el intento de regresarse a su tierra. Pero cuando apareció la máquina, echando vapor por los costados, cuando menos tres de ellos empezaron a correr para alejarse de aquel diabólico lugar.

¡Pérense!... ¡Pérense, les digo! -gritaba Juan Jaime a todo pulmón, hasta que logró controlar al grupo.

Todavía a bordo del ferrocarril, los que no conocían el "tren" se agarraban con fuerza a las bancas de madera del vagón. ¡El primer paso estaba dado!

Cuando menos cinco de ellos no conocían Guadalajara y los dos restantes sólo conocían de la estación al mercado de San Juan de Dios, que quedaba a escasas siete cuadras de la estación. Empezaron a caminar por la calle 16 de Septiembre, causando la admiración y curiosidad de toda la gente. Sobre todo porque no habían visto a ese tipo de indios con trenzas, machete y sin ningún adorno en su ropa. Juan Jaime preguntó una y otra vez, enseñando el domicilio, hasta que fueron a dar a la famosa "Secretaría de Educación".

Pasaron por el amplio zaguán, hasta quedar en el centro de aquella casona. Se oían muchas máquinas de escribir y mucha gente salía de una puerta para meterse en otra, sin hacer caso del grupo.

Juan Jaime, que era más de mundo que los demás, paró en seco a una señorita que tuvo que atravesar el patio.

Cuando la tomó del brazo Juan, la pobre muchacha palideció y se puso a temblar.

¡Llévame con el que manda! -le dijo Juan en un tono que casi era una orden.

-Siiií, señooooo -contestó la muchacha a punto de desmayarse, pero acatando la orden inmediatamente.

Se metieron a un cuarto y la muchacha se dirigió a uno de los que estaban sentados detrás de un escritorio.

-Quiéren ver al señor director.

El hombre se levantó y, dirigiéndose al grupo, les preguntó:

-¿Qué asunto quieren tratar con el señor director?

Juan Jacobo no contestó, pero entregó el "oficio" al hombre, que desapareció tras otra puerta.

El director de Educación, hombre flaco y austero en el vestir, usaba antiparras con aros de oro y el cuello almidonado, lo mismo que los puños.

Tomó el "oficio" en sus manos y lo leyó. Carraspeaba de vez en cuando, como para darle más importancia a aquel pedazo de papel.

-A ver Fernández, que me busquen los archivos, a ver si me encuentran Mezcala, municipio de Poncitlán.

Tras un corto rato, apareció de nuevo Fernández con las manos vacías y, visiblemente nervioso, se dirigió al jefe.

-Pues no, señor... Ni siquiera aparece el pueblo. Con toda seguridad han de haber quemado los archivos cuando fue la "bola".

El pretexto de la quemada de archivos era una excusa que en ese tiempo sacaba de apuro a todos los empleados gubernamentales. El jefe no tuvo más que aceptar y le dijo a su "secre":

-Pregúnteles en dónde queda ese Mezcala y de qué raza son...

Salió de nuevo el secretario y regresó con todos los datos.
-Dicen que están a la orilla del lago de Chapala y que nomás brinca un par de cerros para llegar a Poncitlán. Se ven muy raros, señor: traen calzones y camisa de manta. Cada uno trae fajado un machete y traen una trenza. Lo curioso es que no traen adornos en la ropa bordados. Les pregunté quiénes eran y, de mal modo, contestaron: "Somos gueguenches de Mezcala".

-¿Gueguenches? -preguntó el jefe-. ¡Ah carajo! A esa tribu ni la he oído mentar.

-Todos son mal encarados, señor, y eso de "gueguenches" me suena a "comanches"... Y por la trenza que traen deben ser tan cabrones como éstos.

-¿Quiere el señor que traiga unos guardias?

-No, no, espérate; mejor hazlos pasar, pero te me quedas en la puerta y a la primera cosa rara que veas, sí traes a los guardias.

Hizo pasar Fernández a la "comitiva" y los siete hombres se pusieron en semicírculo frente al director de Educación.

-¿En qué puedo servirles señores? -preguntó el jefe.

-Queremos que nos ponga un "maestro" -contestó Juan Jacobo.

-¿Cómo cuántos niños tienen ustedes en edad escolar?

-Uuuuh, pues ¡muchos!

-¿Más de treinta?

Juan Jacobo recibió la pregunta inesperadamente y por temor a meter las patas, jaló a sus hombres a un rincón para ponerse de acuerdo. Regresaron de nuevo frente al escritorio y contestó.

-Más.

El director empezó a ponerse francamente nervioso y tomando el "oficio" en sus manos lo leyó de nuevo. Después de un rato continuó:

-Bueno, por el número de muchachos que tienen, sí se justifica que tengan maestro, pero hay otros detalles que tengo que saber: ¿tienen el local para la escuela ya listo?

-Ahí 'ta.

-También necesitan tener una casa para hospedar al maestro y una persona que lo asista.

-Y ¿qué es hospedar?

-Hombre, pues una casa para que viva, para dormir, que sea amplia...

Juan Jacobo se quedó pensando un momento y como no pensaba perder la partida mintió.

-También. Ta' todo.

-Bueno muchachos, vamos a tomarles unos datos para hacer un "oficio" solicitando la plaza a México.

-No semos muchachos -contestó con cierta dureza Juan Jacobo-. Y ya no queremos ningún oficio, queremos que nos pongas al maestro, como lo pusieron en San Nicolás y otros pueblos. Así que ya nos vamos... Ahí te quedas con tu "oficio" y pá cuando empiecen las clases ya queremos al maestro allá, de otro modo la gente se va a encajar, y a la mejor hasta vienen a dar acá.

El director palideció, tomó un papel y garrapateó algo, mientras en el cual buscaba afanosamente qué diablos contestarle a esa gente tan necia, pero al mismo tiempo veía de reojo los machetes que cargaban los famosos "gueguenches".

-Está bien, señores, moveré cielo y tierra y veremos que las cosas se arreglen.

-No queremos arreglar cosas... Ya te dije que nomás queremos al "maestro".



Los siete hombres inclinaron levemente la cabeza y salieron ordenadamente de la oficina.

El director dejó pasar un rato, y cuando estuvo seguro de que ya no había "gueguenches" en el edificio, grito: ¡Fernández! ¡Fernández!

-Ordene señor.

-¿Ya vio lo que paso?... Estos indios. Me acorralaron, Fernández... No tuve oportunidad de hacerlos pendejos.

Estaban necios, necios. Hubo ratos en que creí que me cortaban la cabeza esos méndigos.

-¿Y en qué quedaron señor?

-Me hicieron prometerles un maestro y como están las cosas, que ni siquiera maestros tenemos. ¿Cómo diablos le voy a hacer?

-Mándeles un aspirante, sobre todo, ya sabe cuántas muchachas salieron de colegios de monjas y no tienen trabajo o algún seminarista despanzurrado, que ya ve que aspiran al magisterio.

-Fernández, usted, con esa cabeza ha de llegar lejos.

Tráigame la lista de las aspirantes mujeres, que son menos delicadas que los hombres y que aceptan cualquier plaza que les dé uno.

Salió Fernández y puso a una de las secretarías a buscar la famosa lista que, en cuanto tuvo en sus manos, raudo llevó a la oficina del director de Educación. Tomó éste la lista en sus manos y empezó a leer en voz alta.

-Rosa María... -Esa no, Fernández; todas las Rosa Marías son broncas y revoltosas. -Juliana... -Esa tampoco, Fernández; no me late el nombrecito. -María Secundina... ¡Mire! Ésta está bien; ésta es la clásica ex alumna de monjas. ¿Ya vio de dónde viene?... -De San Gabriel. -Ahí la gente es muy católica, accesible y aparte es egresada de la escuela de monjas.

-¿Y se la va a mandar de veras?

-¡Claro que se las voy a mandar! ¿Qué quiere?, ¿que regresen esos indios y me corten en filetes?... No, Fernández; aquí hay que doblar las manos, porque esos "gueguenches" son capaces de levantarse en armas y armar un verdadero desmadre en la región... Háblale a la secretaria.

La secretaria se apresuró a tomar el dictado del director de Educación.

-Señorita:

María Secundina Sánchez G.

En respuesta a su solicitud para ingresar al magisterio, tengo a bien comunicarle que se presente en estas oficinas a la mayor brevedad posible, etcétera, etcétera, etcétera.

El Sol

Ave Barrera

- El Sol es una mandarina muy grande, que en el día se madura y Dios se la come con todo y cáscara al anochecer.
- No, eso no es cierto, el Sol es una pelota amarilla, y con ella juegan el oriente y el poniente.
- A mí me dijeron que un día iba pasando un carro muy grande por el cielo y que se le cayó una rueda y se quedó dándole vueltas a la Tierra.
- Y por qué nomás vemos que da media vuelta.
- Pues dice el profe que porque la Tierra es redonda.
- Ah.
- Yo no sé, a mí se me afigura un agujerito por el cual entra la luz y el aire que respiramos; ¡imagínate!, si no hubiera un agujerito, un día de éstos nos quedaríamos sin aire, y todos nos íbamos a morir.
- Y si fuera una pelota de basquetbol. Puede ser que hace muchos miles de millones de miles y cientos de años un señor muy fuerte la aventó, y allá se quedó atorada.
- A mí me parece que por las tardes Dios hace una gran fogata en las montañas.
- No seas tonto, se quemaría el pasto.
- De veras, ...entonces puede ser una flor; una margarita se abre y se cierra. Se abre en la mañana y al mediodía se cierra, porque yo lo veo más chiquito, luego, en la tarde, se vuelve a abrir.
- Eso me parece más real, aunque se parece más bien a las lámparas anaranjadas que ponen en las avenidas para que haya luz en la noche y los carros no choquen.
- Hay un señor que vive por mi casa que sabe muchas cosas; él me ha contado que hace cientos de años pensaban que había muchos dioses en el cielo, que vivían en un castillote, y cada uno era dios de algo, como las *mosas*, que les decían a los inventores qué hacer; o *Poseído*, que era dios de no sé qué; pero y si a uno de esos dioses se le cayera un botón de oro o una moneda, ese podría ser el Sol.
- Muy cierto.
- Dicen que Dios siempre nos está viendo, y trae una lámpara para ver bien lo que hacemos en el día.
- Sí, pero en la noche qué.
- Pues en la noche nos dormimos y Dios también se duerme. Ha de ser cansado estar viendo lo que hacemos.
- Yo no sé, pero, por si las dudas, mejor ya no voy a comer dulces en la azotea antes de cenar.
- De veras, yo tampoco voy a meter al perro a dormir conmigo, aunque lo saco en la madrugada y nadie se da cuenta; quién quita y luego Dios le dice a mi mamá, y ella me pone una paliza.
- Sabe qué será el Sol, lo que sí sé es que tiene algo mágico, porque cuando lo veo mucho rato y luego volteo a otra parte, parece como si estuviera allí pegado a mis ojos; pero de muchos colores.
- A mí me dijeron que era una bola de lumbre que está en el espacio, y que le da luz a la Tierra en el día.
- ¡Qué tontería, quién te dijo eso!
- Mí papá
- ¡Joles, perdón.
- No importa, yo tampoco le creo.
- Oigan ¿qué será la lluvia?

Ave Barrera (Guadalajara, 1980) es alumna de la Preparatoria número 11 de la Universidad de Guadalajara

La casa del cementerio

Fragmento de novela

LEÓN DOUGLAS

Los ojos de la mujer todavía luchan contra el insomnio...

Hay luz en la casa del cementerio. Hay una mujer sin tetas en la casa del cementerio. La luz es un candil en la casa de la mujer sin tetas del cementerio. La mujer está sola y le duele la ausencia que se pudre en una bolsa plástica enterrada en el hoyo de los órganos inservibles del cementerio. Rosadas en una bolsa plástica junto a otra bolsa plástica llena de tripas de gato de tejado herido.

Hay otra luz que deambula en el cementerio. Hay un hombre sin cabeza en la penumbra del cementerio. La luz es un foco de mano en la penumbra del hombre en el cementerio. El hombre va solo y le duele la cabeza, que se adentra en el útero de su madre enterrada hace muchos años en el hoyo de las madres inservibles del cementerio de un pueblo cualquiera. Su cabeza adolorida en el útero de su madre junto a otro útero de otra madre con la cabeza de un hijo de la gran puta y boquiabierto.

La luz deambulaba en su mano sin cabeza de la misma manera que el candil se aferra a proyectar la sombra de las tetas ausentes de la mujer que llora de miedo en la casa. La luz se acerca a la casa, la mujer la ve por la hendidura, y el miedo se acerca al grito de la garganta que se tapa la boca con una mano de vieja leprosa.

Tocan la puerta las coyunturas de los falanges insidiosos. La mujer se cubre aquella

ausencia cicatrizada en su pecho. El hombre toca de nuevo. La mujer musita una palabra ininteligible. Todo se repite. Y ahora los toques ya no suenan tan insidiosos, ni tan miedoso suena el palpar de la mujer que intuye que el hombre del foco no es el diablo.

La mujer se levanta y camina como si en cada paso fuera a perder un dedo. El piso de la casa del cementerio es más frío que el del mausoleo, ya que debajo de cada baldosa duermen los ojos -de los niños- ahogados en hielo. El hombre ya dejó de tocar la puerta porque oyó el intento de los pasos. La mujer quién es a estas horas. El hombre soy Arsenio Palacios que me urge hablar con usted. Que estas no son horas de visitas. Que disculpe pero es algo urgente. La mujer abre la puerta y se asombra de ver la cara pálida del hombre sin cabeza. Arsenio alumbró su rostro para mostrar su inamenza. La mujer tose y exhala un ruido soporoso. Arsenio disimula el asco y sonríe con enfermedad de marino en las ensillas. Entonces dejó de pensar.

Qué tengo yo que ver con sus urgencias. Necesito la casa del cementerio sólo por un par de horas. Está loco usted, para qué quiere..., que qué, desde cuando se ha visto una autopista en este pueblo, y quiénes son ustedes para andar en esas cosas. Arsenio le explica y le ruega y le ofrece cien lempiras. La mujer que por doscientos que hasta me la hagan a mí en vida. Arsenio que muchas gracias. Y ella que no nos engañemos, que de ella se aprovecha poca gente porque le tienen asco. Arsenio gente ignorante creen que la lepra es contagiosa. La mujer que

más ignorante es usted porque sí lo es y además yo no tengo lepra, sino un marido con la lengua engusanada. Él me engusanó los seos. Arsenio, y hay otro cuarto allá atrás, compreude que es mejor cambiar de tema. La mujer adolorida, de algo tengo que vivir, y aquí sirvo de todo, de partera, de dispensaria de abortos, de bruja, de puta para los desesperados y hasta de leprosa para el escarnio de los que necesitan fantasías. Y Arsenio va a tener que aguantar el tufo. La mujer no se preocupe que yo he estado a punto de comer mierda. Arsenio se ríe y ella lo queda viendo con cinismo revuelto con humillación. Una hora después dos focos de mano deambulan por la penumbra del cementerio.

Ahora son varios los hombres que se acercan a la casa. La mujer espera por la ventana. Se ha vestido para no incomodar al muerto. Al fin los hombres entran con una bolsa plástica negra, llena, pesada y fangosa. La mujer casi vomita. Todos los hombres los hocicos amarrados con pañuelos. La mujer se sale a respirar el aire fresco del cementerio. Tres de los hombres se van y quedan Arsenio y el forense. La mujer comprende el sigilo, la presura y el silencio que todos procuran guardar, y acaricia el rollo de billetes en su mano. La necesidad tiene cara de perro, piensa casi en lágrimas y aguanta el ardor salobre que irrita las ulceraciones de su cara. Se acuerda de lo doloroso que es hasta cagar y limpiarse el culo, de verdad que lo que tengo es lepra.

Qué audaz haciendo estos hombres, Dios mío, por qué se tardan tanto. Oye que el forense no ve bien, que el otro acercó más el foco. Trata de averiguar quiénes son los otros tres que se

León Douglas, hondureño, residente en Chicago, es miembro del consejo de redacción de la revista *Fe de Erratas*, publicada por hispanos en esa ciudad de Norteamérica

cubrieron la cara no tanto por el tufo, sino por no ser reconocidos. Pero su imaginación no se nutre mucho de la memoria, sentada afuera le da frío en los huesos y bosteza. A las cuatro tiene que ir al portón a recoger la chanfaina, a ver si le venden frito o si sólo le dejan chingaste. Tal vez consigo una libra de carne. Con esto vivo un mes, en el puño que tiembla, y perdóname, Señor, si en algo te ofendo.

Al rato sale Arsenio y con el foco tres veces la señal que desde lejos es recibida por otras. Deambulan dos luces en el oscuro y la mujer comprende que los otros tres son del puerto y no quieren ser vistos. Se hace la distraída. Llegan, entran y murmuran. Los tres, de nuevo, y Arsenio, con la bolsa negra pesada. En la noche cuatro hombres con pañuelos en la cara, nadie se lo creería. El forense sale a acompañarla y le dice que espere a que el hedor descansa, abrí la puerta de atrás para que entrara el aire. La mujer curiosa que a saber quién es ese finado. El forense un muchacho que se suicidó. La mujer que tal vez los suicidaron. Y el forense queda viendo arrepentido. Y ella no se preocupe que yo he visto pasar tantos muertos que ya ni me acuerdo quién fue el último. El forense que cómo sabe que fue el último. Ella, Doctor, ni que fuera pendeja, alguien que hiede así tiene que haber sido enterrado hace poco... Ya sé quién es, el loco marignanero es, el que se drogaba con tapa. Y el forense sorprendido, han muerto tres personas en el último mes. Y ella, dos mujeres y el degenerado ese... Ay que me perdone Dios... Pero es que salió igual a su papá. El forense saca un cigarro y al encenderlo le ve las ulceraciones en los pómulos. La mujer voltear para esconderlas y el forense que si le están saliendo en todo el cuerpo. La mujer que no. Y él sabe que miente. Mejor deme un cigarro, Doctor, tratando de ser buenhumorada. Forense la ve, sondeándola, y decide llevarle la contraria. Por qué me ve como si fuera bicho raro. Forense piensa, intuye y decide, con mentiras, quiero que me cuente todo lo que sabe de ese muchacho, de Arsenio Borilla. Y la

mujer abre los ojos asustados por un momento y cae en cuenta de que anda un tocayo ambulante y otro en cadáver embolsado, y lo menciona. Forense es una coincidencia demasiado cruel. Y ella nada es coincidencia si uno le busca el lado a las cosas, pero vaya, deme un cigarro. Y él, usted no debe fumar porque el cigarro debilita. La mujer hace un gesto de valiverguismo y mira hacia el cerro ya inmenso por cerca. El forense mira también y procura sus palabras. Nada es coincidencia si uno le busca el lado a las cosas. Quizá la muerte de Arsenio el muerto es la muerte de Arsenio el vivo. Quizá la muerte es esta mujer. Qué tiene que ver. Forense no puede pensar en nada lógico y la queda viendo. Ella revisa sus brazos enflaquecidos y pregunta, qué va a ganar con saber si a ese muchacho lo mataron. Forense piensa en todo lo que se puede hacer y en lo difícil que sería lograrlo. No sé, pero alguien debería de hacer algo por vengar estos muertos. La mujer recorre las venas resaltadas de sus brazos, bosteza, tose, se encoge del frío y dice, después de un silencio, yo sé quién es mi asesino y no he hecho nada por vengarme. El hombre que me pasó esta enfermedad anda suelto, engañando a otras. Aquí me dejó encerrada como a una leprosa, con esta peste que nadie entiende y todos temen... La mujer guardó silencio por un momento y luego pretendió haber cambiado de humor, evasiva, y preguntó que a qué horas iban a regresar los otros. Forense sacó otro cigarro y que estaban enterrando al difunto, de nuevo. La mujer sintió que la saliva se le raleaba y, volviendo al buen humor inadvertidamente, conienzó a pedirle un cigarro ya con otra cara, casi con hilaridad.

Vaya Doctor, regáleme un coferrí, mire que ya voy a empezar a soñar con el humo... Qué más le puedo contar de ese muchacho si yo en el encierro que vivo ya no conozco la vida de nadie. A quien conocí fue al papá de él, que lo enterraron allá en aquel lado, al fondo del cementerio... Mire, que me perdone Dios, pero yo no iría al entierro de un enfermo como ése... No hombre, el papá del muchacho, del papá estoy hablando... Sí, se llamaba Arsenio, tenía nombre de matarratas también, y eso es lo que él era, un veneno... Por qué, porque era un

enfermo degenerado. Figúrese usted, Doctor, que a los cuarenta años se consiguió una cipota de trece... No, no la consiguió para que fuera su mujer, si eso es lo peor. Si hubiera sido solo para sirvienta nadie hubiera hablado nada... Qué novios, hombre, Doctor, usted sí que es ingenuo. Su mujer era. Se la trajo del monte. Yo estaba joven en aquel entonces, mi había conocido a Justino... Justino se llama... Bueno, pues le sigo contando, la pobre ni sabía ni leer ni escribir. A saber qué clase de padres tenía que nunca la mandaron a la escuela. Pues cuando la trajo, y me imagino que se la habrán hasta vendido porque hay gente que vende hasta sus hijas para conseguir un centavo. Se la trajo y la gozó a su antojo. Mire, yo recuerdo que cuando llegó, la cipota estaba rellenita, tenía su cuerpecito bien cuidado, bueno, se veía que, aunque era del monte, estaba bien cuidada. Pero a los meses de haber caído en las manos de ese hombre, la pobre se veía desgastada y malnutrida. Porque dicen que ese hombre era tan cuña que la tenía a punta de arroz y frijoles, la carne ni en día de fiestas. Y ya que menciono lo de la carne, le voy a contar algo que poca gente cree pero todo mundo cuenta. Pero antes deme un coferrí ombe, si de todos modos... Vaya pues, vaya pues, le sigo contando. Pues sí, cuando el tal –mire que con un par de jaloncitos hasta la memoria mejora, no sea jodido... Vaya pues– cuando el tal finado –que Dios me perdona– cuando regresó al puerto, después de desaparecer por un tiempo, vino con la cipota que era una de esas islas, creo que se llama Martín Pérez la isla, bueno, vino con ella y también trajo, fíjese usted, dos cabras, que a saber dónde las compró porque por aquí nadie cría cabras. Bueno, la cosa es que regresó con mujer y con cabras. El venía, y esto porque yo lo vi con estos mismitos, con su maletín negro. Ah, porque eso sí, él se creía mucho, caminaba como billete de a cien, y era un guanaco pelado y feo, tenía pecas hasta, hasta donde no se le veían... Sí, era salvadoreño, guanaco roba campanas... No, es que así les decimos por aquí, desde la guerra. Bueno, déjeme seguirle contando. Cuando lo veo pasar por el Hotel de la Chelita, con su maletín negro y su sombrero de ave negra, voy viendo que atrás d'él viene la cipota con una bolsa llenita con sus desgracias y una pita en la otra mano, jalando las dos cabritas, pues cuando llegaron estaban tiernas. Me puse a pensar yo –y mire que para entonces ni sospechaba la clase de mierda que era ese hombre– me puse a pensar que él caminaba

adelante y la cipota atrás con los animales, como si ella fuera otro animal. Y aunque sea desde los tiempos de Matusalén, Dóctor, que a nosotras nos comparen con los animales como en el Mandamiento, no es correcto que a estas alturas a una mujer, y mucho menos que a una criatura de trece años, la traten como a una bestia. Fíjese que el gran hijueputa –y que me perdone Dios– se avergonzaba de ella, pues así como cuando llegó, así la siguió tratando... Si la cipota ni salía. Él no la dejaba salir, la tenía encerrada en su casa, en ese caserengón destartado que deberían de rebendecir por todas las maldades y morbosidades que le hacía y ahí –Ay, Dóctor, yo no quiero hablar tanto porque ese hombre puede estar penando todavía, pero ya que paré, pásese un coferrí no sea pura mierdis... Bueno pues. A usted que se ve discreto le voy a contar. Dicen, y esto sí no le puedo asegurar, pero me lo han contado varias persouas, dicen que ese hombre era tan enfermo que le hacía picardías a la cipota... Imagínese, Dóctor, si ella era una niña que no sabía ni por dónde había nacido. Ese enfermo, me contaron, que conste, la gozó por partes... Por partes, Dóctor, como decir por pedazos, poco a poco. El no se acostó con ella desde la primera noche juntos, sino que esperó hasta cuando estaba en punto. Mire –pues ahí es donde está la maldad– igualito que con las cabras... Espérese, déjenle contarle lo de las cabras primero, para que me entienda... No ombe, espérese y verá. Yo creo que las cabras se las dieron como la dote, pues qué más puede ser, si la cipota hasta caminaba como las cabras. De seguro se había criado con las cabras. Bueno, el hombre empezó a engordar las cabras, por eso, como ya le conté, vivían a punta de arroz y frijoles. Y el tiempo pasó. Cuando las cabras crecieron y se pusieron gordas, el gran maldito, dicen, a mí no me consta, que decía que ni loco iba a matar a sus cabras. Y sabe lo que hizo ese demonio, porque sólo un demonio puede hacer esas cosas, un día, no sé que se le metió, y agarró las dos cabras y les cortó una pata a cada una. Y mire que imaginación de hombre que, para que no se murieran, les vendó los ñucos y no sé cómo las curó, pero la cosa es que las cabras no se murieron. Al fin comieron bien, y la cipota probó carne después de hambrear por meses. Comieron patas de cabra... Ay, Dóctor, ese hombre fue tan calculador que, con el tiempo, volvió a hacer lo mismo. Imagínese lo que habrán sufrido las pobres cabras cuando ya no podían caminar. Me imagino que les daban de

comer en la boca porque de otro modo sí hubieran muerto de hambre... Bueno –para hacerle el cueuto corto– la gente cuenta, pues así dicen, que después la cipota ya no quería comer porque le daba asco y remordimiento. Y él no la dejaba ni ir al mercado, la celaba como nn loco. Pero volvamos a lo de las cabras. Las pobres cabras sufrieron como medio año, dos patas por mes, hasta que al fin las mató para un veinticuatro de diciembre –dígame usted, Dóctor, a quién, sino a un enfermo pervertido, se le ocurre comerse a un animal por pedazos. Esas cosas no son de gente cristiana. Y fíjese que lo denunciarnos a la Sanidad, al Juzgado de Letras y hasta al Cura y nadie hizo nada... Ah, que qué tienen que ver las cabras con la cipota. Ah, Dóctor, lo que ese hombre le hacía a la cipota es para que nos dé asco. Ese pervertido, como no podía conseguir mujeres y mucho menos bonitas y jovencitas como la bisha que tenía... Ay, Dóctor, estoy segura que se la dieron. Hay gente tan pobre en las afueras que hasta regalan sus hijos. Bueno, déjeme le sigo contando. Tan bonita y ese enfermo le empezó a hacer cosas que la cipota ni se imaginaba que sucedían. Me contó una mujer que vivía al lado de ellos que una noche la cipota estaba llorando porque el semejante hijueputa la estaba forzando... Y no le digo pues, que era un enfermo, no se acostaba con ella como es natural, sino que le hacía inmundicias. Cómo cree usted, a una cipota de trece años hacerle cosas que ni a las prostitutas se les hace. Y la pobre, como no sabía o le tenía miedo, se dejaba, porque también le pegaba por todo... Sí, también le pegaba, mucha gente vio con morados en la cara y los brazos. Dicen que hasta a patadas la agarraba, como a un animal. Pero ni a un animal. Bueno, pues, ese enfermo la forzaba por

donde no se debe, y como esperando a que la niña echara cuerpo, le siguió haciendo obscenidades por mucho tiempo. No le parece a usted que la estaba criando como a las cabras, la iba gozando poco a poco, hasta dejar lo mejor por último. Imagínese, si a la niña ni le gustó la carne de cabra, cómo le iba a gustar lo que le hacía ese pervertido que ojalá ya vaya llegando al infierno –ay que me perdone Dios– pero es que no puedo imaginarme el sufrimiento de la pobre cipota –a saber que sentirá ella ahora que ha pasado tanto tiempo... Sí, ella se fue del Puerto hace tiempo. Estoy segura que cuando ese hombre murió, ella lo celebró... Cómo no ha de haber estado feliz, si sufrió más de un año... Dicen que se ahogó, lo encontraron en el malecón, como la marea baja, trabado en el fondo, el fierro del bote... Dóctor, a usted que lo mandaron a hacer lo que anda haciendo en este pueblo que parece Sodoma, no cree que estas cosas se deben denunciar a las autoridades... Yo sé que usted sólo se dedica a ver enfermos del cuerpo como yo que me estoy pudriendo en viva, pero qué de los enfermos de la mente, Dóctor. No cree usted que deben mandar especialistas para ellos también. Yo sé que los especialistas curan enfermos de la cabeza también. Si a ese hombre lo hubiera visto un especialista no hubiera hecho tantas maldades, y mire cómo terminó... Dóctor, no me diga que usted no cree que ese hombre no estaba enfermo, si era un pervertido... Mire, yo soy una mujer sin escuela y hasta chabacana, pero yo sé

distinguir lo que es natural y lo que es degenerar... Bueno, Doctor, puta, ya es hora que me regale un coferrí ombe, ya le conté un cuento de camino, y de los feos. Tengo tres días de no fumar, nadie me visita y usted es la única persona que ha platicado conmigo, porque a esa enfermera pisona que me viene a ver, sólo para decirme que no salga, le caigo mal o me tiene asco. Déjeme fumar, no sea pura mierdis. Déjeme olerlo aunque sea. Mire, sólo con uno me conformo. Vaya, Doctor, mire que le voy a contar algo que se me olvidó de la cipota. De todos modos usted está aburrido y sus amigos no vienen todavía... Si me deja fumar le cuento... No es gran cosa pero deme un cigarro antes que le cuente... Bueno pues. Es que dicen que a ese hombre le gustaba tomar té de tapa... Es una flor que hace ver cosas... No la conoce, me extraña, porque es una flor medicinal, parece que quita los dolores... No, yo nunca la he probado, pero sí me la han recomendado... Bueno, dicen que después de drogarse se iba al malecón, a su bote y remaba mar adentro. Ese hombre como le digo no era completo. Y dicen que a la cipota también la drogaba con la tal tapa... Que cómo sé yo tanto. Usted sabe, se muere alguien y quedan las historias y los cuentos. Míreme a mí aquí postrada y no saben nada de mí, pero espere que me muera y va a ver cómo sobran chismes. De ese hombre se pueden escribir historias. Pues a todo le hacía, comía cosas raras. Dicen que comía hongos secos con mierda de vaca o mierda de vaca con hongos secos, ya ni me acuerdo cómo fue que me contó. Dicen también que hablaba sólo y hasta se contestaba. Y fijese que su único amigo era un alemán que se casó con una puta y se la llevó al monte... Si ombe, con una puta... Puta, puta, de las que cobran y no de otras. Dios los hace y el diablo los junta, verdad Doctor... Dicen que venía huyendo del Salvador, pero él convenció a todos que era hondureño. En fin, para qué le sigo contando... Mejor deme un cigarrito, si de todos modos... Otro día que venga por aquí le sigo platicando... Ah, se me olvidaba. Tengo una pregunta, como no puedo dormir sin antes fumar, qué puedo hacer para dejar de fumar... Dígame si puedo tomar pastillas de dormir entonces.

Doctor, por eso me encontraron despierta. Me levanté y vi las luces por una rajadura. Como soy miedosa ni quería abrir la puerta... Bueno yo a quien le tengo miedo son a los vivos, pero siempre los imagino peor que a los muertos. Nunca me imaginé que traían un cadáver, y Dios mío qué peste. Ahora toda la casa ha de estar cundida de peste. Por qué yedía tanto... Para qué andan sacando a la gente de las tumbas, Doctor, eso es pecado... Bueno yo sé que usted tiene autorización para hacerlo... Que qué, que nadie sabe lo que andan haciendo. Mire Doctor, a mí no me metan en líos con los chafas, esos sí que no perdonan a nadie. Por qué no me dijeron la verdad desde el principio. Eso no se hace... No, no, no, como no me voy a encachimbar, si lo que me han hecho es una chanchada. Sabe lo que van a hacer, se me van todos ya de aquí, si no quiere que yo misma vaya a llamar a la Fusep... No, no, no... No los voy a chillar porque yo ya estoy metida en el lío también, pero por favor váyase, váyase, vaya a buscar usted a sus amigos y que no vengan aquí. Yo no quiero problemas con nadie. Ya tengo suficientes desgracias para que me traigan más... Doctor, si a usted le interesa hablar mucho de ese hombre, se le nota. Tenga cuidado, porque la maldad de los que se van a veces se queda penando, almas en pena dicen, pero yo creo que es la maldad que busca a quien pegársele, y ahora váyase... Y ya deje de fumar que parece que lo hiciera por joder. Váyase.

El foreuse fuma, sin concederle el cigarro que la mujer sigue apeteciendo. La noche se adelgaza y los gallos cantan. De alguna manera los dos coinciden en el pensamiento y la mujer sonríe cuando él le dice que ya deje los muertos en paz. Ella sonríe. Él nota lo voluble que es, de un extremo de miedo a melancolía, de alegría a enojo en un instante. Él nota lo bonita que habrá sido en algún tiempo. Luego la piensa acostada y seca sobre la sábana blanca. Se despide y camina hacia la oscuridad sin encender el foco. Sólo ve el cigarro cuando inhala. Y piensa en ella. Es inevitable imaginar cómo el bisturí cortarían su carne ya insensible. Es inevitable.

Cuatro hombres con focos de mano buscan a Arsenio en el cementerio. Arsenio en tumba de pobre enrolla un purito y sonríe en la maraña de hacerles una broma. Los tres hombres saben dónde está Arsenio. Forense lo busca preocupado, ya lo conoce y sabe que a veces se le traba algo en la cabeza. Al fin lo encuentra, llama a los cómplices, y a Arsenio le parece gracia. Forense lo regaña y nota que el otro ya tiene los ojos de gato callejero. Arsenio canta el gato que está en la oscuridad nunca se olvida, no mejor esa no, mejor, y es prohibido fumar y silba y silba y silba, hasta que hace reír al forense y a los tres hombres que dicen mejor apurémonos antes de que salga el sol. Se alejan todos y las sombras salen por el portón. De nuevo empiezo a pensar.

Con la boca cerrada sale un hijo de la gran puta del útero de su madre, junto a otro que sale también indolente y malatesto. Del hoyo vacío de las madres ahora útiles y recién desenterradas, del útero y acompañado, sale el joven liviano en la cabeza. Por la claridad del adolescente se apaga la luz en una mano. De la penumbra del cementerio desaparece la cabeza del niño. No hay otra luz que salga o deambule en el cementerio.

Un gatito perdido sale de una bolsa plástica y vomita dos aureolas moradas en otra bolsa idénticamente negra. De la tierra del cementerio, y de órganos bellamente útiles, le brotan los senos a una niña que disfruta la presencia aún ajena. De la casa del cementerio, prepúber la niña desaparece con todo y un candil que se hojalata. Entonces no hay luz en la casa del cementerio.

Abiertos contra la mujer los ojos del insomnio todavía luchan.

**Abiertos contra la mujer
los ojos del insomnio
todavía luchan.**

JORGE SOUZA

11

Bella es la carne y amplios sus placeres
sus sacrificios vastos, generosos
Se entrega así, sin más, a quien la ama
y se convierte barro, flor, abismo

Ni los ángeles puros ni los blancos demonios
sabrán jamás lo que es tener el tacto
en el jardín del cuerpo silencioso
y disfrutar los dones de la amada

Besar una garganta, no sabrán
recorrer no sabrán esos rincones
de su piel encendida por el beso
ni descender hasta el perverso musgo
que habita en la entrepierna humedecida

La carne en cambio puede asemejarse
a los dioses y al Dios del infinito:
se vuelve luz en manos del amante
sabe arder como brasa y rescatar
la vida de los sordos que avanzamos
tropezando en las líneas de este mundo

JORGE SOUZA

15

Ciudad ahora hiriente, derrotado
en tu pulso olvidé el aroma amargo
que habitaba en los muslos de las vírgenes

Olvidé el corazón y la esperanza
y se me fue subiendo
el peso de los años hasta el rostro

Me quedó el tropezón, el trago sordo
el ver morir las días bajo mi huella
el derrumbarme un poco cada noche
y ser el ciego ausente de mí mismo

Tú permanecerás
Tus edificios negros, las metálicas
puertas que abres y cierras en la niebla
tus caminantes mudos, tus avenidas secas

Pero yo no estaré
habré partido

Y en las voces que forman tu coraza
mi alma viajará antes de irse
si es que mi alma es
y si es que viaja
si es que tu sueño sigue siendo el mío

Vuelta por la ciudad

ISRAEL CARRANZA

Para la Noble y Leal, cómo no

1

La sola materia de cada ciudad es el tiempo, y las calles se toman virtuosas o perversas conforme éste acomoda y reacomoda en ellas los signos de su paso. (Una calle es virtuosa cuando se puede andarla con la certeza de que el recorrido por sí solo compensa haberla elegido entre otras, aunque elló implique un rodeo; es perversa, por el contrario, cuando sólo se va por ella forzosamente y de prisa, deseando haberla evitado. Hay otras, claro, que distan de ser cualquiera de las dos cosas: son calles invisibles, necesarias únicamente para conectar a las virtuosas con las perversas.) Y así como el tiempo altera constantemente los espacios y las construcciones, también lleva y trae a los habitantes de una ciudad por los rumbos diversos en que transcurren sus vidas, tan determinadas por las edificaciones de la memoria y las demoliciones del olvido como la ciudad misma. Los rumbos que transitamos son las zonas en que el tiempo dispone nuestros efectos y nuestras aversiones a su antojo, y cada trayecto es la puesta en práctica de nuestro ciego desafío al destino: por no haber tomado una calle a cierta hora de cierto día, puede que hayamos perdido a una mujer perfecta;¹ por haber dado vuelta en tal esquina, un pedazo de comisa que se desprenda nos matará a la mitad de la cuadra.

2

Tiempo y destino: buena parte de mis días, quizá todos —ojalá que no—, se me destinó vivirla en esta ciudad que conocemos con el mal nombre de Guadalajara. Mal nombre, digo, porque se presta a interpretaciones etimoescológicas como la que hizo Martín Mora en el número 2 de *La Migala*,² pero sobre todo porque tiene la triste fortuna de ser copiado. ¿Qué trabajo costaba inventar un nombre que nos diera a los nativos de esta tierra la felicidad de un gentilicio a la vez honorable y eufónico? Porque “guadalajareño” o “guadalajarenses” son infumables, y “tapatio” es de plano una burrada (y la historia de su origen es tan sosa que da vergüenza repetirla). Pero iba diciendo: como habitante de esta ciudad, me veo diariamente en la necesidad de procurar que vivirla no sea sinónimo de padecerla: de ahí que prefiera eludir —que no ignorar— sus fealdades e incongruencias, y poner cuidado más bien en las sutiles evoluciones que el tiempo ha hecho y hace en sus calles, sus construcciones, sus jardines y plazas, sus casas y su gente; estas evoluciones, este cambio continuo de las formas y los usos, ofrece siempre posibilidades de que cada tránsito por la ciudad sea ante todo una exploración, una sucesión de descubrimientos, y de los descubrimientos frecuentemente derivan el asombro y la maravilla.

Supongo que lo anterior —afinar la percepción de lo asombroso o, al menos, de lo llanamente grato— puede lograrse en cualquier ciudad. Guadalajara, en tal caso, sería tan susceptible de vivirse con este ánimo como

Calcuta u Oslo, pero la diferencia la marca el hecho de que la historia de una persona termina por circunscribirse fundamentalmente a una sola ciudad en particular, aquélla en que se han gestado los hechos centrales de su vida. Pertenecemos a una ciudad, y ésta, a la vez, nos pertenece, sólo hasta el día en que ya no hay modo de inudarnos: el día de nuestra muerte.

3

La ciudad es tiempo: días y noches y los lugares que ocupamos. Los hábitos y la rutina nos fijan en los sitios y en los rumbos donde vamos dejando las claves de nuestra nostalgia, y la memoria se deshace de las fechas, los nombres y los rostros antes que de los lugares, porque en ellos queda el pasado, aunque carezca de explicaciones; en consecuencia, no es aventurado pensar que la ciudad, pese a su imparable espíritu de transformación —deterioro y renovación simultáneos en todas direcciones—, contiene, a la vez que el conjunto de los escenarios en que hemos hecho la vida o parte de ella, la totalidad de posibilidades que bastan para terminar de hacer el resto; por ello, en la relación personal e íntima que cada quien

sostiene con la ciudad que habita, llega a doler que cambien los lugares que uno recuerda, y no se puede evitar que lugares nuevos o distintos sigan resumiendo lo que será nuestra vida. El tiempo de un hombre va a la zaga de aquel otro tiempo que es su ciudad.

Refiriéndose a una hipotética destrucción de una casa en París –lo cual sería, ciertamente, *una destrucción de París*–, Georges Perec escribió en *La vida instrucciones de uso*:

Una ciudad, una calle o una casa comparadas con un individuo, una familia o hasta una dinastía, parecen inalterables, inasequibles para el tiempo o los accidentes de la vida humana, hasta tal punto que creemos poder confrontar y oponer la fragilidad de nuestra condición a la invulnerabilidad de la piedra.

La palabra clave es “parecen”: nada es permanente en ninguna ciudad, ninguna calle, ningún edificio, y sin embargo creemos que sí; de ahí lo imagoable de la ciudad y las razones que la hacen no un engaño o una ilusión, sino un enigma en el que lo cotidiano está hecho sólo de apariencias.

4

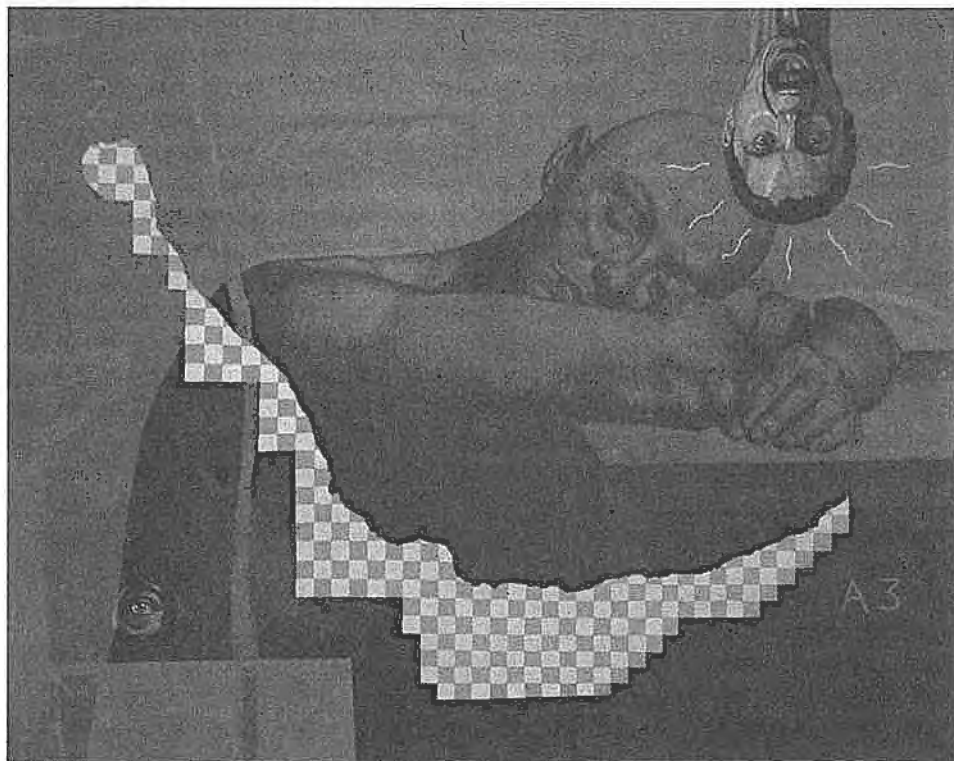
Hará cerca de veinte años que murió, sola y en un asilo de ancianos, Rosa Gómez, alguna vez prodigiosa jefa de cocina en la primera época del hotel Fénix. Nació aquí, en Guadalajara, y fue sepultada en el Panteón de Mezquitán. Hasta el fin de sus días no dejó de cultivar un rencor poderoso hacia todos aquellos que, según sus palabras, le habían invadido su ciudad; cuando aún podía salir del piso que habitaba en la esquina de Pedro Moreno y Colón, solía recorrer el centro para verificar con amargura los estragos que le ocasionaban los nuevos comercios y oficinas, y atestiguaba las obras que iban deformando poco a poco la Guadalajara que la había visto crecer; sus paseos los guiaba un odio quieto y concentrado, y a cualquier persona que ella creía ajena a Guadalajara –es decir, a la mayoría de las personas– le dirigía por lo bajo un insulto y una mirada de desprecio, pues estaba convencida de que el caos y la fealdad crecientes –y la indecencia y la escasez de respeto y modales y el mal gusto– eran culpa de la gente de fuera. No le tocó conocer la Plaza Tapatía ni la letanía de imbecilidades arquitectónicas y urbanísticas que le siguieron, pero es seguro que no imaginó qué proporciones habrían de cobrar los cambios en su ciudad.

Ahora que recuerdo a Rosa Gómez –una suerte de abuela postiza que me tocó tener en circunstancias que con todo gusto explicaré en otra ocasión–, pienso que, respecto a lo que queda dicho a lo largo de estas líneas, su actitud era comprensible, pero comportaba un error: la mujer no había sabido acomodarse al tiempo de su ciudad. Esto no quiere decir que su indignación careciera de validez, puesto que tenía causas justificables y evidentes, sino que habría hecho falta que dejara de lado su intransigencia para permitirse aceptar lo que hubiera de favorable en la Guadalajara que le quedaba por conocer. Ahora que, en lo de la gente de fuera, me reservo la opinión: ciertas personas de Ameca, de Tepic, de Teocaltiche o de Tlupetlac –no sé, se me ocurre–, podrían reprochármela.

¹ “Sólo hay tres en la vida; llevar una en la cuenta es un asomo de la desgracia”, Jnan María Ocejo.

² “El hombre de la ciudad se sienta en una palabra árabe que, según un arquitecto amigo mío, quiere decir algo así como *río que corre entre excrementos o río repleto de heces*”, Martín Mora, en *La Migala*, núm. 2, marzo de 1995.

³ Cuento integrante del volumen *La primera vez que vi Kim Nowak*, publicado recientemente por la Universidad Autónoma de Sinaloa.



José Fors. Las bombillas/ 160x130cm / mixta sobre tela

El vampiro

EL SEIS

"En estado de sobriedad, el vicio más detestable."

Se vistió de colores oscuros, por último se echó encima una capa estilo "vampiro". Caminó con un dejo de prepotencia, se consideraba un personaje atractivo, hasta un tanto extraño. El cielo estaba atrapado en una gruesa nube de niebla gris... Pasaron dos lindas féminas, de ojos ausentes, algo así como si estuvieran viajando con alguna bendita droga, saludaron de beso en la mejilla al "personaje negro", éste correspondió con enfado y desgano. Está más delgado, y sus labios están fríos como el hielo, parece un cadáver, pero está guapísimo, exclamó Martha, una de las dos amigas bendecidas por el vicio.

El "vampiro" paró bruscamente, cerca del jardín hermoso, dedicado a un músico clásico, de mirada iluminada, y sacó de entre sus ropas una botella de cuarto de litro de tequila añejo, bebió algunos tragos generosos y prosiguió su camino sin fin... Después de un rato considerable de haber caminado, llegó a un café céntrico, y se sentó en la misma mesa, en la clásica posición de alejamiento, de ausentismo mental. La mesera, una dama morena, delgada, de pelo claro y mirada pervertida, le llevó un té negro, un vaso de agua, más una mirada de insinuación sexual. Posteriormente, llegó un joven de algunos veintidós años de sufrimiento, platicaron algunas cuestiones, vieron varias revistas literarias, dibujos, ilustraciones. Después el acompañante se despidió amablemente y se fue perdiendo entre el tiempo y el espacio. Tenía como algún año que no lo veía, parece que estaba en algún pueblo del sur del estado, o dicen algunos que se encontraba en otro país, la verdad no lo sé, pero es tan raro, habla lo necesario, hasta le cuesta trabajo pronunciar las palabras, cuando se despide

parece que de sus labios escurriera sangre o dolores universales, la mesera le comentaba a una compañera de actividades, las dos coincidieron en que no era extremadamente guapo, pero tenía algo raro que lo hacía encantador, algo como la locura, la demencia.

Salió del acogedor restaurante "La Cafetería", y siguió su caminar moribundo, parecía un ataúd aullante. Sus rasgos faciales eran gélidos, parecía que la angustia lo consumía, lo devoraba, lo destrozaba... Algunos "amigos" lo saludaron en forma por demás especial, le dijeron: eres el mejor pintor de la ciudad, el más talentoso, un genio, un intelectual. Lo invitaron a un homenaje que se estaba planeando para rendirle honores, a él, al pintor "chupasangre". Él agradeció, como era su costumbre, trató de esbozar una leve sonrisa, como... cortesía, se despidió entre alucinaciones fantásticas. Los "amigos", cuando vieron que el hombre gélido partía, comentaron: es un hijo de puta, se cree el mejor, es un cretino, a nadie le habla, no concurre a nuestras tertulias, está aislado completamente, se considera superior, es facista, racista, hay que mandarlo al diablo, que se cree el cabrón. Seguía la caminata, pero en "do", con una estructura básica de blues antiguo, muy antiguo, y el plástico movía sus extremidades inferiores, parecía un arlequín parisino. Llegó a su automóvil negro, donde lo estaba esperando una mujer de escasos veinte inviernos, la besó sin pasión, le dijo algunas cuestiones, se despidió con un beso en los párpados de la "señorita", ésta era de estatura media, de figura exquisita, y de ojos encantadores, soñadores, tristes, melancólicos, hasta seductores. No, no te retires así, dame una explicación, por favor, gritaba la dama de hermosos ojos, mientras el artista desaparecía del espacio conflictivo, quizá hasta huía, aullaba... Prendió el radio y buscó alguna melodía de su preferencia, no la encontró, por

lo cual puso un cassette de música metálica, y siguió bebiendo a Dionisios, después tomó algunas pastillas de colores blanco y rosa, y pareció que sus mandíbulas se aflojaron un tanto, parecía que alguien lo iluminó, tenía cierto parecido con algún penitente religioso hindú, sí, un asceta errante. Soy un *crazy*, carajo, susurró el "vampiro" al momento de acelerar su carro. Visitó a su madre, señora de algunos setenta años de vejez, la sacó a pasear en su silla de inválida, por unos jardines tranquilos, mientras le platicaba asuntos familiares, se acomodaron en el lugar de siempre, y los ojos de la anciana pedían su lectura cotidiana, el de los pinceles asintió, para lo cual inició a leer a Juan Rulfo, el cuento de Luvina, despacio, con la voz cavernosa, el viento soplaba moderado, y a lo lejos se veía la pareja de familiares, como orando... Dejó a su progenitora, y se dirigió a su departamento, en el suburbio de la gran ciudad. Abrió, se puso cómodo, sacó algo de "nieve", cannabis, píldoras, y destapó una botella de whisky Jack Daniel's, se encerró por seis días... Después estuvo en el hospital, ¿y? ... Seis meses después podemos encontrar al genial "vampiro" en el jardín de reposo, junto a su madre, también jineteando una silla de ruedas, con la mirada perdida, como buscando un hermoso paisaje, entre sus nubes cerebrales... A las damas de la urbe todavía se les hace mucho más atractivo, así, quieto, ausente, lejano, hechizante... Hay rumores entre los ociosos ciudadanos, dicen: el "vampiro" intentó el suicidio, pero le falló, falló. Otros comentan: era tan "pegado de sí mismo", que en esta posición físico-mental está consigo mismo.

A lo lejos parece alguna de sus misteriosas pinturas, seres tapizados de desgracia y desventura; me interesa mejor recordarlo así, como que él mismo buscó su estado actual...

Isaac Reyes o una poesía pictorizante*

ANGEL ORTUÑO

Resulta forzado analizar sólo una parte de la propuesta de este espectáculo. Tal vez, incluso, desmienta la intención de integrar música y textos. Ajeno tanto o más que ustedes al entramado de lo que vamos a presenciar, bosquejo un enlistado de apreciaciones frente a los textos de Isaac Reyes. El cometido indefendible de estas palabras será, pues, el de adelantar consideraciones que ustedes mismos, posteriormente, podrán hacer con facilidad.

Encontrarán, a primera oída, la predominancia de las imágenes sobre las posibilidades sonoras del verso. No hablo de poesía visual, sino de poesía, disculpen el participio, *pictorizante*: el texto se estructura como la descripción de ciertos estados de conciencia -la mayoría: estados alterados de conciencia que recurren como elemento casi único a las impresiones visuales: al ordenamiento de las percepciones conforme un patrón de representación visual-. Dudo en emplear, generalizándolo, el término "metáfora", porque me parece clara la relación que estas secuencias de imágenes conservan respecto a su referente. De hecho, el referente, la realidad originadora, generadora, del texto, se constituye en la principal clave de lectura. No son formulaciones discursivas que aspiren a la autosuficiencia en cuanto objetivos estéticos; no se opera la total traslación de sentido que presupone la operación metafórica: conservar el nexo con el referente reafirma su calidad de imágenes.

Desfila, en otro nivel del texto, una notoria abundancia de adjetivos: las imágenes se construyen a partir de calificaciones de lo percibido: no pretenden aclarar el sentido de la experiencia, sino recrearla. A mi juicio, el más logrado en este aspecto es el último poema (*Largo/largo/nervio de humo...*). Aunque el tono de circunloquio, es decir, la referencia oblicua y a la vez redundante en cuanto a determinar el sentido, sea común a todos.

Como otros inatices, podría mencionarse la existencia de dos series en la composición: unos textos se plantean como descripciones de ciertas experiencias (ya lo habíamos dicho), en tanto que otros, todos los que empiezan con un verbo en infinitivo, se desenvuelven con el carácter de impersonales instrucciones de acceso a la experiencia. Esta segunda serie sortea con mayor fortuna que la primera el trillado asunto de las disfunciones existenciales, que no aporta sino un inoportuno carácter melodramático,

hace rato ya ausente de la poesía moderna.

El mayor logro de estos poemas estriba en configurar las bases de una voluntad de estilo que descuella entre los vestigios de retórica intimista. Su persecución de la dificultad y complejidad abstracta se ve en no pocas ocasiones recompensada.

Dejemos hasta aquí las obviedades y el aburrimiento. Disfruten lo que sigue.

* Texto leído en la presentación de poemas del autor, en el jardín del templo de El Carmen, en agosto de este año.

3 poemas de Isaac Reyes

Largo largo
nervio de humo
 no hay
olas que abracen
los cuerpos de aceite
hay hincados en los brazos
del placer
 en el corte
de frutos
 que aúllan
 se acercan...
los días genitales
como canción

El tiempo dormirá
en un pesebre
 de plata
en un martillo
 de seda
en un rasguño que en el desierto
y el espacio abismal de un muro
se plasma
 mientras
 la vida
y el suicidio
 de ángeles
 continúa

Fornicar
con el jazmín de fuego
 y
un pétalo de sangre
 el miedo
busca existir
en el obituario

Sinfonolo

RAÚL DORANTES

Ahora que mis perros por fin duermen aprovecho para agarrar papel y pluma, ahora sí a dejar que la tinta corra sobre la hoja y me saque de esta pocilga que es mi casa y me lleve al camino con pavimento hasta el crucero a fuentezuelas hasta bajar por la calle matamoros y quedarme en la tienda que está ahí mismo en la bajada, donde el muchacho pacheco y su mamá nunca están listos para despachar a nadie porque se la pasan matando ratas en la trastienda, sí ni duda que pacheco ya habrá cubierto con un tabicón el hoyo de la coladera y asegurado bien las ventanas y la puerta, que no salga la muy jija, la rata está ahí en el cuarto, ellos también lo sabeu, hasta hoy ha sido reteaudaz para evadir trampas y raticidas pero esta vez doña pacheco seguro que ya sostiene su escoba en alto mientras su nuachacho sella con una franela la rendija de la puerta y comienza a mover paquetes de galletas, cajas de cloro, cualquier bulto que le sirva de guarida y pacheco se arremanga y el sudor baja de sus cabellos güeros dándole a su cara un olor y un aspecto de gallina húmeda, ¡ah! gozan los pacheco porque ya sienten lo cerca de la rata que sin embargo permanece quietísima detrás de los sacos de azúcar y sabe la muy caraja que un movimiento en bruto puede acortar su fin, a lo mejor es la misma que se ha cagado en el arroz y roído el piloncillo en estas dos semanas, maldita malobra grita la doña al tiempo que uno de sus ojos brilla por lo sabroso del desquite (al otro ojo lo blanquea una catarata) y para asustar al animal la doña de carnes de ballena mete un escobazo a la caja de ariel más cercana y el detergente sale y forma una nube de esas picantes, pacheco tose tose mientras mueve más sacos de azúcar, la rata sigue esperando en su oscuridad muy confiada la pendeja pero sólo faltan tres sacos para darle matarili y de pronto toc toc doña jose doña jose, gritan en la tienda que quieren comprar sosa, imposible salir ahora pues a pacheco le dice el instinto que su prisionera está a un pelo de lejos y detrás del azúcar ocho pulgadas de pelaje gris tiemblan por primera vez, la rata ya no sabe si salir y torear de una vez las cerdas de la escoba o esperar un poco más pero así la sorprenden dos manos adolescentes, la rata primero se repega a la pared y todavía quiere huir pero se topa con el tenis de pacheco,

entonces corre a campo traviesa entre los envases de 7up y pepsi cola, un escobazo fallido de la obesa señora rompe una botella y la rata brinca una caja de corn flakes una bolsa de fideo otra otra y en la otra la doña asesta el escobazo, igggg la rata se arrastra, el golpe le ha despedorrado las patas traseras, chilla chilla busca una sombra se arrastra su sangre en zigzag y doña pacheco sólo siente asco, con los ojos entrecerrados levanta la escoba y se pone lista para el golpe de gracia pero no puede, la rata aprovecha para llegar hasta la coladera tapada por el tabicón, los tenis de pacheco se le acercan, su pacheca madre le pide matarla, sí, rematarla pero en otra parte, por los rieles, por el crucero a fuentezuelas, no en la tienda, qué van a decir los clientes y la tendera con cuerpo de ballena se va llena de náuseas mientras pacheco hace rodar la rata con la escoba hasta encerrarla en una caja de zucartas, los chillidos se oyen más fuerte en la caja y el muchacho sale de la trastienda, de la tienda, se va por la calle matamoros rumbo al crucero a fuentezuelas

y bueno el crucero a fuentezuelas además de crucero es un baldío que utilizan los camiones materialistas para tirar o levantar escombros, a alguna gente le sirve para cagar de aguilita detrás de los arbustos o de los mezcuites, ahí también al lado del aviso de no tirar escombros, en un cuarto de láminas y ladrillos rotos vivía hasta hace poco el sinfonolo, muchos dicen que lo suicidaron los del partido, otros aseguran que solito se suicidó, que embarró un pollo con cianuro y belladona y luego le dio de comer a sus perros, sí al cual, al toco y al quevedo pero que el pendejo del sinfonolo también se tragó una pechuga entera, ya ven, estaba retocadiscos, se sentía hasta alquimista, a veces hasta le daba por bañar a sus animales en la alberca pública, les leía historias y libros de química en la calle y tenían que escucharlo si no les pegaba de manotazos en el hocico o se ensañaba con los belfos, insolente quevedo estúpido cual toco inmundo, les gritaba pero si no lo mataron los del partido seguro que fue alguien ya harto de bañarse junto a los perros tiñosos o quizá le dio cran algún locatario del mercado, a ver díganme quién vende pollo en este pueblo, sólo los locatarios y doña jose pacheco, la moby dick que le dicen, ahora todo está en ya veremos

por mientras sólo sé que nadie sabe su apelativo y que parece le aflojaron no una tuerca sino todo el engranaje de la cholla durante una golpiza que le dieron precisamente los del partido porque el sinfonolo quería organizar a los paracaidistas de la presa, dicen unos, otros culpan a un viejo putito que le dio no sé qué yerba para volverlo loco, aunque la única culpable fue la lectura, ah porque cómo leía

sin embargo ahora nadie tiene pruebas que esclarezca el crimen, en su cuarto los judiciales sólo encontraron dos palanganas que según esto usaba para trasmutar el empedrado público, hallaron también probetas, morteros, una estufita de petróleo, un bonche de huesos de pollo, los cuatro cuerpos sobre el piso y algunas historias que dicen que él escribía,

Raúl Dorantes, nacido en San Luis Postosí, reside en Chicago, y es miembro del consejo de redacción de la revista *Fe de Erratas*

claro textos mal escritos porque parece que desconocía el uso de los puntos y seguido, puntos suspensivos, signos de interrogación, etcétera, únicamente usaba comas, lo que prueba que al sinfonolo de nada le sirvieron las lecturas ante los perros, pero eso sí en sus historias por fin se descubrieron varias verdades picudas de aquí de la colonia pues el sinfonolo dejó un papel todo garabateado que decía

que otilio morán el que se las daba de líder de los albañiles nunca se fue al norte, ijoles cuánto se ha dicho que el otilio abandonó a la esposa y a los hijos nomás por nomás, cuánto han chismeado que se largó a los ángeles con una putilla de la escondida pero yo los he dejado que hablen, sólo yo sé que el día de la santa cruz como a las tres de la madrugada por aquí lo trajeron los del partido a punta de chingadazos, tampoco nadie sabe que de tanto grito que daba el otilio despertó al toco y al cual y comenzaron a ladrar, les pegué pero no se callaron, entonces le amarré el hocico con alambre, el quevedo seguía calmadito, siempre tan filósofo el cabrón pero los del partido como que se espantaron con los ladridos y ya nomás le echaron el carro encima, un máverick de esos viejitos, el toco y el cual todavía más inquietos y volví a mirar afuera, sobre el pavimento quedó la cosa aquella cubriéndose la cara con un brazo como avergonzado de su destino, traía ya solamente un bota puesta, la otra estaba por la línea de no rebasar junto a su cachucha, el toco y el cual ya bien insoportables, alguien salió del máverick para revisar al otilio y como que notó que el cuerpo se movía, luego bajaron otros dos y lo metieron en el asiento de atrás y en la cajuela echaron la bota del hombre, sólo olvidaron la gorra, el máverick se fue rumbo a la presa y quizá lo tiraron con una piedrota bien enorme junto a las compuertas, yo nomás salí más tarde a recoger la cachucha

qué andaba haciendo el otilio morán para merecer esto, en su historia el sinfonolo no responde a esta pregunta, sólo queda decir que el cuerpo de otilio fue encontrado la semana pasada en la presa de paso de tablas y los dos del partido que tenían máverick se pelaron luego luego al norte si no son tan pendejos como para dejarse pelar cinco años en el cereso y quisiera continuar con otras historias encontradas en el humilde hogar del sinfonolo pero los canes están por despertarse, siempre sucede lo mismo, apenas agarro vuelo y el toco me mueve la pluma, exactamente en la parte más amena de mi diario (que no es un diario porque tiene fechas pero a falta de otro nombre así lo seguiré llamando diario diario diario)

en estas páginas juego con lo que soy, que me llaman el loco porque el mundo es así, la verdad sí estoy loco, a veces con mi pluma en mano hasta me aventuro a entrar con mis perros al restaurante del argentino aldao y nos sentamos a pedir chimichurri, chorizos y empanadas, que hoy queremos tragar bien, che, no pago y le armo un despelote al aldao pero a la cárcel no me meten porque el presidente municipal es amigo del quevedo y entre filósofos se entienden, en estas hojas también juego con

lo que no soy, acepto aquí volverme un ciempiés que llora pero mejor no me meto con eso porque parece un cuento largo y los perros ya mero se despiertan y si me interrumpen los golpeo pero

todavía puedo apurarme a terminar la historia sobre pacheco el hijo de doña jose la moby dick quien ahora precisamente camina por el baldío que está aquí junto a mi casa con una caja de zucaritas en las manos, ah sus temis cómo alborotan el tepetate y hunden pedazos de vidrio en la vereda, el muchacho se detiene de repente, los chillidos de la rata parecen molestarle, levanta una piedra y la observa mientras deja que la curiosidad dé forma a su cara, como que piensa en lapidar a la infeliz pero algo lo incomoda, después hace que abandona a la rata en su cárcel de zucaritas pues yo creo que ya tiene que regresar a la tienda, pero si la rata llega a sobrevivir y algún día vuelve a la tienda para vengarse tirando crías en los rincones, no eso no parece decir pacheco y agarra de nuevo la caja, qué hacer entonces y el hijo de doña jose continúa su camino pateando botellas de cloro vacías, pisa un hormiguero y a su mente quizá le llegan recuerdos de las travesuras de primaria cuando también cruzaba este mismo baldío para cazar cuanto ciempiés se dejara, se ha de acordar que los guardaba en las cajas de zapatos y luego los sacrificaba en un hormiguero rodeado de piedras, en ese entonces el escuinle pacheco sólo dejaba dos espacios en el ruedo, uno de cada lado como para dejarles pedazos de libertad a esos seres de cien patas, pacheco seguro que recuerda todo eso ahora mientras sigue ensimismado frente al hormiguero como reviviendo los instantes en que los ciempiés salían al círculo de hormigas y bien espantados se escurrían por las orillas junto a las piedras, no no inútil esfuerzo, en dos segundos miles de insectos los cubrían de rojo, sólo dos segundos solamente dos, recuerda pacheco al tiempo que se inclina para abrir la caja de zucaritas pero estos pinches perros que ya se despertaron.

Sacrificio

(Un experimento en los "Mitos Mexicanos",
dedicado a –y endeudado con–
Carlos E. Bustos y Héctor Chavarría)

LUIS G. ABBADIÉ

¿Pues no es la Ixtab de los pueblos del Quiché un mero intento de personificar al Dzúlum, que fue creado por los Antiguos para hacer que los hombres deseen la muerte por encima de la vida, y así impedir que puedan llegar a ser Hombres Verdaderos...?
Manuscritos de Huac-Tláloc (transcritos por la familia Fernández-Cazabi)

Si les preguntan a los guías turísticos, ellos dirán que no es verdad, que nunca oyeron nada así, pero pasó. Aquí mismo, en esta torre que se asoma por encima de las ramas de los árboles que rodean Palenque, ciudad desierta de pueblos mal recordados. Nadie sabe por qué lo hizo, aunque se habla de dolores y pérdidas, de engaños y desengaños, de fes quebrantadas..., y de la esperanza de un mito fabuloso.

Su nombre era Mariana, aunque, ¿qué importa eso? Su rostro era un pálido figmento oval de la luz de la luna, su pelo se agitaba con la brisa como si quisiera irse revoloteando con ella..., los suplicios de una vida que asesinó hasta su más pequeño brote de alegría, habían apagado la luz de sus ojos grises, y volvió éstos hacia el pasado, hacia los días en que los hombres aprendían postrados ante los dioses en lugar de escupir sobre sus altares. Mariana había oído acerca de una diosa muy honrada por los viejos moradores del Petén y del Mayab, cuyo nombre nadie osaba utilizar en sus rezos, y susurró ese nombre, una y otra vez, y lo gritó esa noche cuando llegó furtivamente a las construcciones milenarias de Palenque, mirando hacia la luna llena, antes de subir a la torre y sentarse en la cornisa, con una soga atada al cuello –igual a esa soga que los antiguos dibujaban al representar a Ixtab, diosa de los

suicidas, aquella que acogía en el más sublime de los paraísos a las almas de quienes se atrevían en su nombre a tomar sus propias vidas– y saltar. Pero se dice que en último momento el miedo la venció, y cuando ya era tarde gimió una súplica a una deidad en la cual había perdido la fe desde su infancia, deidad celosa que abominaba a los suicidas. Pero Ixtab también era celosa, y la escuchó, y Mariana encontró cerradas las puertas de uno y otro paraíso. Por eso hay quienes, al adentrarse en la madrugada por la ciudad muerta, bajo la luz de la luna llena, ven la sombra colgante de su espíritu solitario, rechazado por la vida y por la muerte.

Yo nunca he visto esa sombra, pero sé que existe. ¿Cómo dudarlo si, igual que la propia Mariana, nada tengo ya en mi vida salvo esa última esperanza, la promesa de libertad en manos de Ixtab? Por eso estoy aquí, sentado en lo alto de la vieja torre, escribiendo esto mientras aguardo que la luna alcance lo más alto del firmamento. He venido siguiendo los pasos de Mariana, y cuando salte gritando el nombre de la diosa, veré su sombra colgando a mi lado y aspiraré la muerte de sus labios para que quede libre de su condena y entremos juntos al paraíso de la noche eterna.

Me quedé de pie en la torre, jadeando, con el manuscrito en la mano, mirando la luna menguante sobre la selva; el viento murmuraba con fuerza, como un rebullir de voces...

Con paso apresurado empecé a descender de nuevo por los centenarios peldaños, tratando de convencerme de que no huía de nada. Acababa de subir corriendo por esta misma

escalera, con la hueca esperanza de poder izar de nuevo a Mario y reanimar cualquier rescoldo de vida; pero cuando lo vi meciéndose en la antigua atalaya, el ángulo obscuro de su cabeza me dijo que ya era tarde. Fue entonces que vi estas páginas dobladas, en el suelo, junto a una linterna apagada...

Fui el único que percibió la ausencia de Mario en nuestro campamento, el único que lo siguió..., y yo era también el único que había especulado con él acerca de las ambiguas revelaciones de Huac-Tláloc, que se repetían despiadadamente en mi memoria mientras dejaba atrás la monolítica estructura, mirando por encima del hombro hacia la solitaria figura colgante...

...tratando de no preguntarme por qué, al llegar en busca de Mario a la ciudad devorada por el tiempo, vi no una, sino dos sombras pendiendo de la torre...

Cuento sobre la fundación y destrucción de una santa provincia y anexa la leyenda

al señor Ramón Serrano

DAVID IZAZAGA

Introducción (o lo que prácticamente sería la leyenda)

Hace muchos años, cuando todavía ni siquiera se inventaban los años, bueno, ya algunos, vivía en estas mismas tierras (coloradas y con jal) Ramiro Ocote. Él fue en realidad el primer habitante en Occidente. Y el último, como se verá. Todo hubiera salido muy bien si a Ocote no se le ocurre despertar un día con ideas nuevas (todo hace suponer que las lecturas prolongadas de Marx ocasionaron algunos trastornos en Ramiro). Diario abría los ojos poco a poquito para que no le entrara el valle tan de repente, pero ese día no, ese día Ocote despertó y abrió los ojos rápido, así, de lleno, y se quedó como espantado. Si por ese entonces ya se hubiera inventado la manteca Inca, pues lo hubieran sobado y me canso que se le quita. Pero no, así se quedó un buen rato, hasta que Dios le preguntó: ¿qué tienes Ramiro? Y Ocote le tiró un rollo grandísimo, decía: "Mi Dios, a quién sigo. Tengo que seguir a alguien, a alguien debo admirar, tener un ejemplo, un líder. No es posible tanta ingobernabilidad, tal vacío de poder, debo ir tras alguien, ¿a quién sigo? ¿A quién?". Entonces Dios se enojó muchísimo, y le dijo: si quieres seguir a alguien ahorita te traigo al conejito que persiguen los galgos en Tijuana. Y se lo trajo, porque así es Dios. Y mientras Ramiro Ocote corría tras el conejo por todo el valle, Dios dijo: lo perseguirás bajo tierra, arrogante, y sólo saldrás cuando haya que anunciar el final. Y desapareció. Porque así es Dios. El conejo se metió entonces por un agujero y Ramiro se fue tras él.

PARTE PRIMERA: LA LLEGADA

Eran como las tres de la tarde, bueno, a decir verdad nadie lo puede asegurar, pero es la hora más conveniente para que un grupo de gente vestida muy raro, con mantas y pancartas, cansada, sudada, decida reposar en una pequeña colina. En lontananza se veía un valle. La gente se tiró en el pasto, ingirió pisto y los niños comenzaron a jugar. Del otro lado de la colina están tres hombres: el que tiene pupilentes color violeta es Nuño, los que están a su lado son los Juanes. Se están contando chistes de gallegos. En eso, una mujer se acerca a Nuño, es Beatriz, que le pregunta si puede disponer de las morelianas que robaron a los tarascos. Nuño responde: si te refieres a las tipo galletas sí, pero a las muchachas

me las respetas. Beatriz se retira y Nuño no le quita la vista de encima (al valle). "Cuánta gente cabrá aquí", murmura mientras los Juanes ya están otra vez echándole carrilla. "Ese mi Cleopatra", le dicen los muy canijos.

PARTE SEGUNDA: LA DECISIÓN

Juan Sánchez sabía de la testarudez de Beatriz, su esposa. Ella soñaba con encontrar una señal para fundar la ciudad, su ciudad. Beatriz estaba convencida de que en cualquier chico rato se aparecía un ave, se paraba sobre un huizache, se espinaba las patas y alcanzaba a gritar: "Viva Guadalajara chingado". Beatriz casi no estaba influenciada por la fundación de Tenochtitlan, cuando se lo decían ella lo negaba: "No cierto, es pura coincidencia", y si le insistían se ponía a mentar madres a diestra y siniestra.

Nuño y los Juanes se habían enamorado de aquel terreno y querían quedarse. Ya habían sufrido antes intentos de fundación en tres ocasiones. Las dos primeras fracasaron por culpa de la aridez de la tierra y la escasa agua, en la última, en Tonalá, no los dejaron quedarse que porque ahí iba a salir el sol. Total que ahora ya se querían quedar en ese lugar costara lo que les costara. Nuño les decía a los Juanes: yo sueño con algo sencillo, fundar un sindicato y vivir de mis rentas. El problema era Beatriz y no tanto Beatriz, sino la gente, que no le hacían caso más que a ella. Era así como una versión temprana de la Adelita.

El caso es que Nuño y los Juanes se pusieron a idear un plan. Si Beatriz quería una señal ellos se la darían fabricando la escena, todo era cuestión de buscar un pajarraco, pues huizaches había muchos. Nuño encomendó a los Juanes la búsqueda del ave, mientras éstos se ponían de acuerdo, Santiago "el bello de Momax" los oyó, y los Juanes, temiendo que los delatara con Beatriz, llevaron a cabo un acto que a la postre se convertiría en costumbre: lo fueron a aventar a la barranca de Huentitán.

PARTE TERCERA: EL ESCUDO

Beatriz incitaba a su gente a prepararse para emprender de nuevo la caminata. Le extrañaba no ver por ningún lado a los Juanes. Mientras, Nuño ya hacía planes dividiendo el valle en cuatro partes. Se acercaron varias mujeres a Beatriz y le preguntaron hacia qué lado habría que

caminar. Ella dudó un poco, volteó hacia Tonalá y no quiso regresar porque allí tenía un novio que ya no le interesaba, volteó para donde estaba un árbol grande y frondoso y dijo: "Hacia allá". Las mujeres miraban el árbol cuando aparecieron los Juanes corriendo como alma que lleva el diablo perseguidos por dos leones. Ante la mirada atenta de la multitud, los Juanes -con una gran habilidad- treparon al árbol.

Los leones hicieron por subir también, pero desistieron cuando Juan Sánchez soltó el pajarraco que traía en las manos.

Los leones cogieron su presa y desaparecieron sin que se les haya vuelto a ver jamás. Beatriz quedó extasiada con la escena y entonces gritó: ¡viva Guadalajara, chingado! Volteó para con Nuño y le dijo: "Aquí de este lado quiero mi estatua, acá los juzgados y enfrente Ramírez Rábago". Nuño sonrió y asintió con la cabeza, diligente.

PARTE CUARTA: LA CONSTRUCCIÓN. EL CAOS

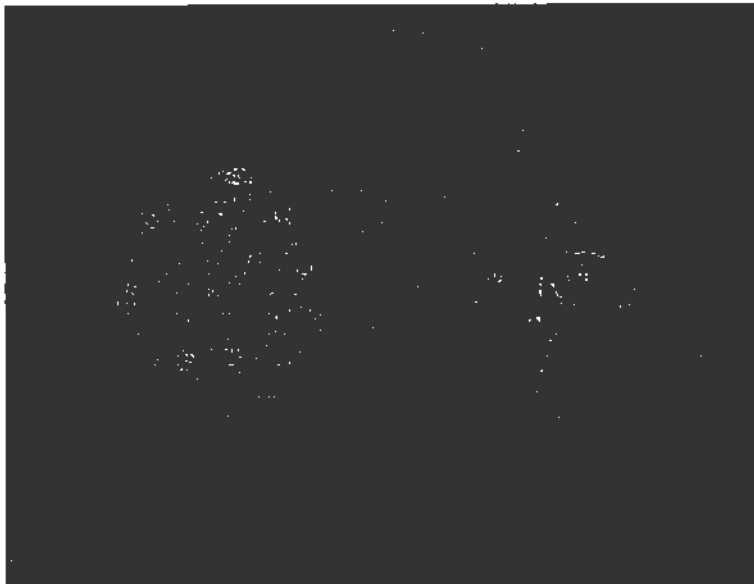
Buenas tardes, soy la construcción, dijo. Quién más viene, le respondieron. Viene el caos conmigo. Ah no, el caos no entra, si no somos pendejos. Y así pasaron muchos días, meses y años. La construcción a fuerzas quería entrar con el caos, o al revés. Hasta que un día se le prendió el foco (no se sabe si al caos o a la construcción) y la construcción tocó de nuevo. Toc, toc. Ora quién. Soy la construcción. Fíjese que ya empezamos sin usted. No, no, no. Ábrame por favor. No podemos, es que usted viene con el caos. Les juro que ando solita solita como mujer con rubeola. Nomás abrieron tantito la puerta y la construcción se pasó, gorda, gorda. Y vio la ciudad y dijo: qué bárbaros, pero si ustedes no tienen sentido del equilibrio, ni de la proporción. Orita ponemos orden.

Me tumban esto y me ponen unos muros aquí y abren acá y en medio me ponen un cuerno retorcido. Y es que la construcción llevaba metido entre las faldas al caos. Nadie se dio cuenta. O sí y tuvieron miedo. El caso es que cuando voltearon a ver a la construcción, ésta ya estaba muerta y el caos se la estaba comiendo y lo que vomitaba eran grandes edificios con gente adentro, niños que le decían al caos papá.

PARTE QUINTA: LA VENIDA DE RAMIRO OCOTE O FINAL APRESURADO

Porque así son las leyendas. Al final Dios siempre gana y cuando pierde arrebatata. El sol estaba en el cenit y la ciudad más loca que nunca. Ramiro Ocote, que todos estos años anduvo detrás del conejito, salió por una alcantarilla en pleno centro de la ciudad. Al conejo lo apachurró un spirit del año y a Ramiro Ocote le entró de golpe la ciudad. Toda toda. Nomás dijo: "Esto huele mal" y empezó a caminar hacia palacio de gobierno. Él sabía lo que tenía que hacer y mientras los automovilistas le gritaban: "Ora pínche loco, vete a trabajar al SIAPA", Ramiro Ocote llegó a palacio y comenzó a trepar como gato ante la mirada de los policías que no sabían qué hacer (tantas broncas con los de derechos humanos).

Llegó hasta arriba y enpezó a orinar. Ahí sí ya se calentaron los guardias, porque luego luego trataron de trepar. Pero no lo lograron, porque todo se empezó a venir abajo, casas, negocios, templos, y el crepúsculo pasó del naranja al gris y del gris al negro. Y el ruido espantó al día y la noche ya no se fue. Porque así es Dios, ustedes saben.



José Fors. Feria/ 160x126cm / mixta sobre tela

Harto de laberintos

GUADALUPE ÁNGELES

A Guillermo, en su enfermedad

Nunca tuvo vocación de minotauro, si estaba allí era por pura inercia, por intercambio de energías, es decir, él dejaba la piel y a cambio recibía lo necesario para sobrevivir, para seguir siendo el minotauro sin sentido que siempre fue, porque esa no era su vocación.

Su encuentro con Alan fue definitivo. El buen muchacho no sabía nada de minotauros, es más, lo confundió con una vaca; nuestro amigo, tras una carcajada que inspiró en Alan sólo media sonrisa, lo tomó de la mano y le indicó el camino. Ya no estaría solo. Caminar entre las paredes fragantes del laberinto de enredaderas fue bueno mientras duró la maravilla, el aroma de novedad de la circunstancia. El saberse solo después de haber convivido con los de su especie, que lo que menos tienen es tacto, gracia, cortesía, lo vino a convertir en un feliz paria. Pero ese estado no duraría mucho tiempo, por lo menos no espiritualmente. Ya al año comprendió que jamás estaría solo aunque lo estuviera, y eso lo convirtió en un histérico tranquilo. Sí, aquella que fue alguna vez una de sus palabras favoritas ahora lo mostraba tal como era: frenético.

Delicado gustador de las palabras el minotano mentido ponía en su lengua la deliciosa palabra *frenesí* y la hacía deshacerse en el océano tibio de su saliva: *frenesí...*, quién iba a decirle que aquel ejercicio estilístico se convertiría en una pesadilla.

Porque Alan no sabía besar y mucho menos escribir; leía, bueno, leía por compromiso y sólo porque los anuncios luminosos de la calle le gritaban pidiéndole atención. Cierto, Alan leía poco y mal, muy mal, ¿cómo esperar entonces

que gustara de palabras como el Minotauro?, el primer día que recorrieron el laberinto Alan le habló de las vacas, de lo mucho que le gustaban y de cómo encontraba en ellas algo entrañable, extraño sentimiento entreverado con cierto aire deleznable, porque a las vacas les gustaba mascar su comida una y otra vez, ya guardada en alguno de sus estómagos, no tenían empacho en recuperar ese bolo alimenticio y seguir lentamente mascullando su canción del desayuno interrumpido.

En realidad al Minotauro no le importaba que Alan no supiera besar. Sus preferencias estaban claras, sin embargo, ya que tantas veces el buen mentido minotauro paladeó palabras como *derivación* o *invisibilidad*, consideraba que Alan, al conocer las delicias del beso, bien podría entender sus placeres tibios e inocentes con las palabras. Cuando se tocó el tema del beso, Alan le comentó que el colocar el rostro en la mejilla del solicitante de la caricia, siempre había bastado en su experiencia para que la solicitud se diera por satisfecha y el beso por dado, casi siempre con exclamaciones de entusiasmo y alegría.

- ¡Ah Minotano tonto!, ¿para qué quieres huir del laberinto?

- ¡Harto estoy de laberintos! -contestó a pregunta expresa de Alan.

- ¿Crees que serías feliz en el mundo de las vacas?

- Por supuesto que no, no aspiro a compartir mi vida con una vaca, ¡nunca imaginaría eso!, pero sé que existen bibliotecas y en ellas ¿cuántas bellas palabras no me esperan? Enloquezco sólo de pensarlo.

- Claro, sin pensar en lo que las historias de los libros te dirían. Historias de guerras e historias de...

- Sí, Tolstoi.

- ¡Claro! y "Fausto"...

- ¿Conoces a Fausto?

- No del todo, pero algo podrá decirte mi padre, enfermo como está de letras, de palabras, de poesía.

- Tu padre no supo enseñarte todo eso.

- Él me enseñó computación y el arte de bajar de los corderos.

- ¿Lo amas por eso?

- Lo amo sin razones, y balo porque lo extraño.

- ¿Cómo puedes hablar de extrañar a nadie, si te he tratado como a un hijo, como a un hermano?, tú, que en agradecimiento vienes y me confundes con una vaca.

- Olvida ya el asunto de la vaca, si no quieres vivir con una, te aseguro que no me opongo, ¿para qué, por qué?, tú sabes lo que haces.

- Lo que quiero ahora es que te vayas.

- Encantado Minotano..., en cuanto encuentre la salida.

So lalá

Abra cadabra: brama palabra
so quete
so quetequiero
ágil sum
ágil entre mí sumido
creces, mueres,
llueves
lalá lalá
late la tierra;
anudada
sin memoria
so
so solos lalá.
Solo late el mundo
sí, sí
sin s.o.s.
sin sostenerse.

LUZ BALAM

Cantatriz

Juan Querencia
para el mundo.
Una de las fotografías de la cantina:
Juan Querencia para el ruedo.
Una cerveza oscura
cuando mucho tres
la cuarta no tiene sabor.
"Encomiéndate a la virgencita",
dice Petra al santiguarse.
¡Falta música señores!
Manolas a ser
cadera, taconeo, manos,
el calor, la fiesta,
cuadros, fotografías, farolitos.
Cancionero Picot:
El primer amor,
Los palomos,
Gitano Señorón, el albañil baila poseído.
Tercera llamada
bajaré de la barra
los fantasmas traban la rocola,
la noche termina Juan
los fantasmas a dormir.

El relámpago en su vértigo construye la imagen
Le toca a la luz
colocar espejos sobre el agua
delatar el cuerpo de las cosas en el detalle
la velocidad de la mirada un instante
entre el brillo
y la certidumbre.

En la sustancia de la palabra
luz .
lastimadura del contorno
error de la imagen velando el mensaje
El texto fabrica en detalle la transparencia.

En la noche, la palabra es un cuerpo diminuto
Toma el instante su vaso:
perfecta disolvencia
Agua densa que se pule a sí misma
(¿Qué prisma deja intacto el blanco?)
En la construcción del poema
es ruina y desastre cada línea.

La palabra traspasa el suicida y queda
el signo inconcluso:
¿En dónde el fuego es elemento?
¿En dónde el peligro es dos cuerpos
sin herirse?

A las cuantas horas
el ahogado dijo:
-silencio-?

MARGARITA VALDIVIA

Entrevista con León Plascencia Ñol

ELIZABETH FLORES

Del gusto al oficio



Una o dos veces había cruzado palabras con León hasta que concertamos la cita para hacer esta entrevista a propósito del premio Álvaro Mutis, que recién le otorgaron en Colombia con su poemario *Los ángeles líquidos: el aire*.

Durante la charla en su departamento de Chapultepec, mientras caía una silenciosa llovizna y con la exquisita música de Mozart como fondo, me percaté de su sensibilidad, el gusto por las letras y otras aficiones, siempre tan al borde de las palabras.

León Plascencia Ñol (Ameca, Jalisco, 1968) hizo estudios de cine, además de cursar la Licenciatura en Teatro por la Universidad de Guadalajara. Ha publicado dos poemarios: *Estación llena de pájaros* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1992) y *Los párpados del aire* (Secretaría de Cultura de Jalisco). Textos suyos han aparecido en antologías de Tierra Adentro y de la Universidad de Zacatecas. Es parte del consejo editorial de la revista de poesía y arte: *Trashumancia*.

Hizo la adaptación de la puesta en escena *La dama duende*, de Calderón de la Barca, que ganó la Muestra Estatal de Teatro el año pasado y actualmente se encuentra en la creación de su primera obra teatral, a presentarse en noviembre próximo, con el tema de la muerte.



- ¿Cómo decidiste dedicarte a la escritura formalmente?
- Yo creo que se fue dando paulatinamente. No sé cuándo me di cuenta que quería ser poeta; todavía no lo soy, intento serlo. Creo que todavía no he logrado lo que quiero hacer, soy un aprendiz, pero cuando me entró más el oficio, quizá yo tendría diecisiete años.
- ¿Qué hay de tu infancia en lo que escribes?
- Siempre ha estado presente, creo que los recuerdos han estado inmiscuidos en lo que hago. Me pasó algo muy curioso: cuando vine de Ameca a Guadalajara como a los dieciséis años, odiaba el pueblo. La gente me parecía tosca, burda. Hace un año tuve que estar un tiempo prolongado y fui con mucho miedo; cuando llegué, me di cuenta que la gente no era lo que yo pensaba, sino gente sencilla y muy amable, querible.

Además de ese viaje, tuve un reencuentro maravilloso con mi infancia..., de pronto iba caminando por la calle y recordaba cosas que tenía completamente olvidadas, empecé a escribirlas y empezaron a crecer hasta que se fue haciendo un libro y eso es lo último que he estado tratando de escribir. Siempre me ha gustado el verso largo, esos poemas como ríos caudalosos, pero me contenía, y con este libro dejé que saliera el cúmulo de palabras que traía adentro.

- ¿Cuáles son los temas recurrentes?
 - El encuentro amoroso, el desamor, la soledad, la melancolía, los viajes, los recuerdos, aunque también me gusta hablar de la poesía misma.
 - ¿Qué tan diferente serías sin la escritura?
 - Escribir me ha servido para muchas cosas. Por ejemplo, este último libro me ha salido como un río en encuentro de palabras e imágenes, y me ayudó muchísimo porque yo estaba en una depresión muy fuerte, y a pesar de haberlo escrito desde la depresión es un texto festivo. La poesía siempre me ha ayudado para estar bien conmigo.
 - ¿Cómo defines la poesía?
 - Como algo mágico, como una sombra expectante o un caballo desbocado que va por la pradera. La poesía está en un montón de cosas, no sólo en los poemas, también en la música, la pintura, el paisaje, en algunas personas.
 - ¿Nunca te has sentido falso en tus textos?
 - Sí, de hecho nunca he estado conforme con las cosas que escribo; ya cuando las veo publicadas siempre digo: ¡carajo esto pudo haber sido mejor!
- Tenía miedo de desbocarme, siempre fui muy contenido, incluso para expresar mis emociones con la gente siempre he sido así. Casi no demuestro mi afecto a las personas, soy muy frío; entonces con este libro siento que empiezo una etapa distinta.

- ¿Sientes que has encontrado tu voz, tu propio estilo?
- No sé. Creo que hay un indicio, pero no sé. La poesía se va haciendo de distintas voces que llegan de todos lados y que, al final, hacen que vaya surgiendo poco a poco tu voz.
- Dice Paz que el poeta debe ir luchando contra su propio estilo, porque, cuando lo encuentra, se vuelve una máquina de fabricar poemas.
- ¿Qué piensas del oficio de escritor?
- Es indispensable. Yo no creo nada más en el poeta de inspiración, sino en el poeta de oficio. Porque, a veces, las palabras juegan con nosotros y nos hacen decir cosas que no queremos o se transforman. Entonces hay que conocer muy bien lo que estás manejando. Antes de construir un poema, debes saber lo que estás haciendo y cómo lo vas a abordar. Vas aprendiendo el oficio con los años, las lecturas y la vida misma.
- ¿Generalmente cuándo escribes?
- Casi siempre por las noches. Yo padezco de insomnio y esas noches despiertas trato de hacerlas más atractivas. Me siento en mi equipal, fumo mucho, escucho música y, a veces, me tomo un whisky, mi bebida favorita.
- ¿Qué proyectos tienes a futuro?
- La escritura fragmentaria basada en aforismos me maravilla mucho. Quiero hacer un libro así, otro de cuentos y también seguir con una serie de textos que he hecho sobre personajes imaginarios, como lo que hizo Borges con su *Historia universal de la infamia*, Marcel Schwob con *Vidas imaginarias*, o Javier Marías en *Historias contadas*.

LOS PLACERES

- ¿Cuál fue el primer libro que leíste?
- El primero que compré fue el más conocido de Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y una antología de la poesía latinoamericana hecha por Jorge Bocanegra. A esa edad me deslumbraron los poemas que me entraban de una forma maravillosa. Siempre he sido un lector de

narrativa y las primeras cosas que leí fueron las novelas de Salgari; también había una colección española *Los libros ilustrados* que eran, a manera de cómic, grandes clásicos de la literatura. Me gusta mucho la narrativa..., dentro de mí hay un narrador frustrado, nunca he podido terminar un cuento y una novela mucho menos, se han quedado en meros esbozos.

- ¿Qué es lo que no te permite seguir?
- Quizás el gusto por la poesía, porque eso, a veces, destruye el cuento. Me pongo a pensar qué es lo que quiero decir y, cuando empiezo, me salen versos largos. No he podido conciliar la narración con la poesía.
- ¿Cuáles son tus poetas favoritos?
- Hay muchos, y el gusto va cambiando por épocas, pero hay algunos que siguen presentes como Góngora, Octavio Paz, San Juan de la Cruz, José Carlos Becerra, Coral Bracho, Francisco Heruández, José Lezania Lima, David Huerta, Jorge Esquinca. Me gusta también la poesía conosureña, la italiana, los neobarrocos.
- ¿Qué otras aficiones tienes?
- Una de mis grandes pasiones es el cine y la música. De niño iba mucho al cine; recuerdo que veía como cuatro películas al día.
- ¿Cuáles autores musicales son los que más te gustan?
- Me gusta mucho Mozart, casi todos los días lo escucho; el jazz, los músicos barrocos como Bach, y el tango me gusta bastante.
- ¿Y directores de cine?
- Durante épocas ha variado mi gusto, pero hay dos que siempre se han mantenido: Tarkovski y Greenaway. Si tengo ganas de ver una comedia sosa, eso lo disfruto; o a veces quiero algo más en serio. Hace mucho que no voy a las salas de cine, hubo una cierta apatía de mi parte por estar en el cine, porque es terrible escuchar atrás de ti

que están comiendo, platicándose la película o niños gritando, por eso veo muchas películas en casa.

EL TEATRO Y LA MUERTE

- Platicame de tu acercamiento a la dramaturgia
- A pesar de que haya estudiado teatro, no soy dramaturgo. Cuando estaba en la Compañía de Teatro de la Universidad, Fausto Ramírez me propuso que hiciera la adaptación de *La dama duende*, le dije que sí, pero no sabía en la bronca en que me iba a meter. Me divertí escribiendo con el estilo del Siglo de Oro español, incluso tuve que hacer algunas escenas y combinarlas con las de Calderón (de la Barca).

Desde esa época, Fausto tenía la idea de montar algo sobre la muerte y me propuso que hiciera algo con la obra *El hogar sólido*, de Helena Garro. Cuando la leí, me di cuenta que estaba perfectamente construida y que yo no podía hacer nada. Le dije que por qué no escribir una y, entonces, empezaron a surgir muchas cosas. Estábamos interesados en hacer una especie de homenaje a la muerte niña, que son todos esos retratos y pinturas dedicados a los niños que mueren tempranamente.

Recordé que en Ameca había un fotógrafo, Juan de Dios Macháin, que tomaba fotos de los "angelitos"; con esto, aunado a lo de Garro y un ensayo de un investigador, que se llama Gutierrez Aceves, sobre estas costumbres, empecé a trabajar.

No sabía cómo encontrar el hilo conductor hasta que un día soñé a este fotógrafo, y empecé a escribir la obra con una estructura de sueños. No hay línea dramática y la obra, como si fuera un sueño, salta de distintos lugares.

- ¿Qué fue lo que te atrajo del teatro para estudiar la carrera?
- Va sonar un poco irónico a estas alturas, pero me llamó el *glamour* y el misterio del



teatro. Era muy joven y quería tener fama, éxito y mujeres. Después me di cuenta que no conseguí nada de las cosas que me había propuesto y, además, era muy malo como actor.

Con el teatro he tenido una relación muy rara, casi no veo obras, pero sí he leído algunas.

- En la obra que actualmente escribes ¿qué tanta libertad hubo para tu poesía?
- La mayoría de los diálogos son poemas en prosa. Traté de sujetarme al monólogo que hace Helena Garro, que es muy poético; entonces también traté de hacerlo así.
- ¿Después de esto piensas explorar más la dramaturgia?
- No lo sé. Esto lo hice por encargo, si me encargan otra cosa a lo mejor lo vuelvo a hacer. Con eso me di cuenta que no puedo abarcar tantas cosas, mejor me dedico a lo que más me gusta: la poesía.

El olvido, la llama

LEÓN PLASCENCIA ÑOL

a Israel Pasco

Envuelvo pardamente en el olvido
la impostación funesta de la lengua,
su comezón ardiente, su furia nueva.

(Fuga de alcatraces al mediodía.)

Abandono la sangre en su pupila.
El aire es otro. ¿Cartílagos de qué?
Errancia de los labios que nacieron.
*Ayer -exclamó ella- se extraviaron
los pájaros en el cielo mercurial.*

(Un acentor volvió por su coraza.)

Hay un llanto en las retinas del ahogado.
Hierba de otro nombre. Crece el párpado
como un alarido mordaz en el blanco
pestañeo provocado por la ira.

Ciego el nombre cervical y sedientos
los ojos en sus límites heridos.

Principio: envuelvo los búcaros y
miras la grasa afín en el espejo.

¿Nada sucede si no es en la llama?

Reseña de la novela

Donde el amor tiene un precio, de Matilde Pons

LOURDES CELINA VÁZQUEZ

Conocí a Matilde Pons hace relativamente poco tiempo, la había encontrado en algunas presentaciones de libros o en actos culturales con los que por fortuna nuestra ciudad ha destacado en las últimas fechas. Supe desde entonces que se trataba de una escritora importante; de una mujer "provinciana" que busca expresar, a través de sus páginas, los sentimientos y vivencias que muchas de nosotras no somos capaces de transmitir con sensibilidad literaria.

Matilde pertenece, junto con Marta Cerda, María de Jesús Barrera, María Luisa Burillo, Patricia Medina y Amalia Guerra, a esta generación de escritoras que representan lo más destacado de la literatura femenina actual en Jalisco. Son mujeres que han hecho de la escritura una de las razones de su existencia, y no porque ésta sea su única actividad, sino porque han podido compaginar las actividades de su vida cotidiana con la reflexión sistemática y el enfrentamiento diario con las páginas en blanco. Mujeres que tienen hijos –y a veces nietos–, que llevan adelante un hogar, que cocinan, que tienen un trabajo remunerado, etcétera, porque desafortunadamente en este país todavía no es posible vivir de la creación literaria.

Desde el momento que la conocí me hice una idea de ella. Me pareció una mujer educada, menuda, fina, elegante..., tal vez un poco

tímida, y antes de leer sus novelas, como siempre hacemos, me formé un pre-juicio de ella. Digo pre-juicio no en el sentido peyorativo de la palabra, sino en el literal, un juicio anterior a la lectura de su obra. Por eso cuando Matilde me invitó a presentar esta novela, *Donde el amor tiene un precio*, y de autemano me advirtió que se trataba de una novela "erótica", inmediatamente pensé que se trataría de una novela "rosa", romántica, tal vez con una escena de rosa mexicano, o de algún rojo apagado.

"Sí, Matilde, le contesté, como no, con mucho gusto. Me parece que te interesa el punto de vista femenino..." –"Así es", me dijo y me entregó la novela.

Desde las primeras páginas me impresionó la fuerza del relato, que nada tenía que ver con la idea que me había hecho antes. Se trata de una novela publicada recientemente por la editorial Ágata; una edición muy limpia de 171 páginas, que incluye numerosas ilustraciones de Cecilia Soler; así, lo que Matilde expresa con palabras, Cecilia lo acompaña atinadamente con sus dibujos.

Donde el amor tiene un precio es una obra de una escritora con cierta experiencia, porque no se trata de su primera novela; Matilde ya había publicado *Agonías en rojo*, que fue muy bien recibida por la crítica literaria de Jalisco.

La que presentamos ahora es una novela erótica sumamente ambiciosa, porque en ella Matilde recurre al empleo de diversas técnicas literarias modernas. No quiere contarnos de manera tradicional una emocionante historia de amor desde el principio hasta el final, sino enfrentarnos desde el primer momento; cuestionarnos e involucrarnos en la trama.

Abre con un "Imagino a mi yo como en un prisma: todos los personajes girando a mi alrededor son otros yo, atosigándome con sus acciones", epígrafe tomado de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann. Inspirada en este autor romántico alemán, Matilde ve a sus personajes a través de un prisma para que estos nunca tengan contornos fijos: algunos ni siquiera tienen nombre, como "Él" y "Ella", "el predicador" y "el escritor". Para Matilde el perfil de sus personajes es poco importante. No son ellos los que le interesan, sino las ideas.

Matilde ve nuestro mundo moderno alocado a través del prisma de Hoffmann y pone el dedo en sus llagas: nos muestra crudamente a lo largo de la obra la lucha de sentimientos contradictorios en que los personajes se ven envueltos, al tratar de mantener su propia personalidad, buscar las situaciones y experiencias que afiancen su "libertad".

La palabra "amor" casi no aparece, pero sí la incomunicación, el deseo, la pasión, características de nuestra sociedad actual. Vivimos rodeados de mucha gente, pero en el fondo nos encontramos solos. Nuestra vida sexual generalmente está libre de inhibiciones, pero las parejas en el fondo no se entienden y no se aman. Es esta incomunicación, esta lucha permanente entre el "ser" como persona y el "ser" como parte de una pareja, esta falta de amor, esta aridez en los sentimientos, el tema central de la novela.

Matilde no se concentra exclusivamente en la temática de la soledad y la frustración amorosa. La estructura de la novela es abierta, y "el escritor", personaje de *Donde el amor tiene un precio*, involucra al lector en la necesidad de participar en la reflexión sobre la forma definitiva de la narración. Matilde no se conforma con el lector pasivo, lo quiere como parte de su obra, dispuesto a participar mentalmente en el proceso de creación. Igual que muchos autores actuales, para quienes el experimento es algo que mantiene viva la literatura, no quiere presentar a sus lectores una obra acabada que se pueda consumir sin mayor esfuerzo. Matilde introduce a su público en el proceso de creación de la novela misma, concede al lector unas páginas en blanco para que plasme sus reflexiones y concluya una obra que será original y única, en la medida en la que nos involucra también como autores.

Otro tema central es la elaboración de la novela misma. Mediante la presentación de sus manuscritos, podemos observar el proceso de creación de la obra, la manera en que Matilde va modelando sus personajes y articulando la trama. En estos manuscritos podemos apreciar cómo Matilde emplea los recursos literarios para dar fuerza a los elementos que quiere destacar; por ejemplo:

"Oraciones subordinadas

Sólo predicador

en: "apagar la luz"... manejar el infinitivo: jalonear, estremecerse, dar acción primero y el infinitivo, qué efecto produce en "Ella" ese descuido.

Mezclarse dos gotas (sonrisa oblicua: oblicuar, etcétera).

(?) El escritor (narrador) siempre a futuro. Predicador inicie siempre directo.

en "si comiereis de ese fruto... utilizar más adjetivos para Ella bien escogidos de acuerdo a su actuación; suprimir así tantos 'Ella'.

Futuro y poca puntuación en "hacia el día, en la distancia del reloj".

El "predicador" invita al "escritor" a escribir una novela sobre él. Se nota que para Matilde los personajes tienen poca importancia. El "escritor" es un ser anónimo y la pintora,

Renata, sí tiene un nombre propio. Renata es la figura de la mujer apasionada, atrevida, sin límites, que cruza las barreras de lo establecido, asiste a la Hermandad, y seduce al predicador. No quiere ser un personaje en la novela del escritor, pero tampoco accede a introducirlo en sus cuadros:

¿Para qué? Lo único que necesito es mi paleta, los óleos y el pincel. ¿Para qué quieres las palabras? -Hago con ellas lo mismo que tú haces con la paleta de pintor: ¿mezclas los colores, verdad? Yo mezclo las palabras; si dibujas un paisaje, yo lo describo, o a ti como pintora.

Renata ingresa a la "Hermandad de sensualistas incurables" y se deja enredar en el torbellino de pasiones y experiencias sin freno. Sus vivencias se plasman en sus cuadros. Los colores se vuelven más intensos y las formas más eróticas; la angustia se manifiesta a través de gruesas capas de pintura y el predominio de los grises.

La pintora que buscaba mantener a toda costa su independencia, experimenta todas las formas posibles del "acto del amor" y evoluciona en las torrentes del expresionismo pictórico. Se deja seducir por las doctrinas del "predicador", para quien

halagar la moral de una cultura puritana es empobrecer el discernimiento, permear un lenguaje infeccioso [...] Toda esa paja cultural y moral tan estorbosa debe desaparecer. El comportamiento animal o del espíritu humano, debe servir para alimentar no para obstruir. Por eso la hermandad se ha convertido en la gran escuela del amor: la transgresión de un orden establecido, tiene su valor intrínseco.

Matilde trata de relacionar en esta novela a la literatura con la pintura y la música; la primera trabajada más ampliamente por la actividad profesional de su protagonista. En cuanto a la música, incluye a Bach, Beethoven y Mozart, así como el *Himno a la alegría* de Schiller. Nos habla de la capacidad de la música para hacernos vibrar con el manejo de los sonidos y los silencios: la maestría de estos autores para combinar y contrapuntar los

elementos musicales, y provocar atmósferas de increíble fuerza o sensibilidad.

La relación de la literatura con la pintura es tema central en la novela. La sensibilidad de Renata, la protagonista, la anima a buscar en las diferentes técnicas los elementos que le permitan expresar sus sentimientos en los cuadros:

¿Y el amor, Renata? El expresionismo será mi meta. Sus maestros, su temática la inspirarían: Rembrandt con sus autorretratos, los aguafuertes de Goya, Dante y Virgilio en el infierno, de Delacroix: Van Gogh y el jardín del doctor Gachet [...] Van Gogh y el sentimiento interior, la ventana de Picasso (p. 34).

Matilde presenta a Renata como pintora expresionista, aunque no explica el expresionismo pictórico como corriente. Esto le lleva a incluir autores de diferentes épocas y movimientos como parte de una sola, sin diferenciar los elementos que constituyen a la corriente como tal.

Intenta relacionar el expresionismo pictórico con el literario, corrientes artísticas desarrolladas en Alemania durante los primeros años de este siglo. Matilde señala:

Expresionista más representativo, más cercano, es Franz Kafka [...] En el expresionismo de la prosa kafkiana, se agigantan hasta un límite extremo, a veces espantosamente representados en clave fantástica, todos los aspectos de las crisis moral y política de aquellos años, llegando hasta hacer coincidir la sustancia humana con la de un insecto gigante que vive en las tinieblas. En sus novelas y relatos se asiste al nacer y concretarse de un modo aparentemente irreal de pesadilla, que no es sino la visión trágica y grotesca, al mismo tiempo, de la realidad.

Esta apreciación de la obra de Kafka tal vez le viene mejor a la novela de Matilde misma: si bien es cierto que los primeros relatos de Kafka denotan un mayor acento expresionista, su obra fundamental, *La metamorfosis*, a la cual alude Pons, no puede considerarse como tal. Lo más admirable en *La metamorfosis* es precisamente la manera tan natural como se reacciona ante un acontecimiento escandaloso. Habría que repensar si la obra de este escritor puede ser considerada como expresionista.

Gregor Samsa, el personaje de Kafka, es un empleado de comercio que sin impresionarse despierta una mañana convertido en escarabajo; la incomunicación humana y la falta de afecto que caracteriza el surgimiento de la sociedad moderna, provoca la frialdad entre los miembros de la familia Samsa ante este acontecimiento repugnante.

Nadie se sorprende del nuevo estado de Gregor, de tal manera que al final del relato es arrojado a la basura mientras la cotidianidad de la vida familiar se mantiene inalterada. Nada ha pasado. El escarabajo asqueroso desapareció y todo sigue igual. En *La metamorfosis* de Kafka encontramos un hecho inaudito frente al cual los personajes reaccionan como si nada hubiera pasado. En la novela de Matilde los personajes se dejan arrastrar en el submundo de las pasiones y terminan destruyéndose ellos mismos.

El predicador de la novela de Matilde aparece en el cuadro último de Renata, convertido también en un “bicho repugnante”:

La fetidez que despedía me causó náuseas. En su cabeza pululaban millones de ojos que no dejaban de mirarme —explica Renata alucinada, cuando en las últimas escenas descubre el aire corrompido que se respira en la hermandad— [...] el animal cae sobre mí y se revuelca de manera evidente. Luego sus seis patas se aferran a mi cuerpo y con sus antenas frota mi cabello y cubriéndose con sus alas me sepulta en el pasado [...] sólo veo que el pincel reproduce, con el gris de las cosas olvidadas, mi falta de ambición...

En medio de este vértigo, Renata se despiroma y “cae sobre el piso su figura silenciosa y deshabitada...”.

Matilde menciona a Schiller, Kafka, Brecht, entre otros. En pequeños capítulos en letra cursiva nos introduce a temas de música y pintura y nos explica el impresionismo de la literatura alemana. En uno de sus capítulos se inspira en la *Divina comedia*, de Dante Alighieri, y no trata de ocultarlo. Abundan las referencias a la historia de la literatura, la música y el arte. El “intertexto” es un recurso muy usado en esta novela.

Para concluir intentaré colocar a *Donde el amor tiene un precio* en el contexto de la narrativa mexicana actual. El prólogo nos indica que el maestro principal de Matilde es Augusto Monsreal. De seguro a él le debe el manejo de las nuevas técnicas de la narrativa que invitan al lector a participar activamente en la creación de la novela. El intento de Matilde de relacionar la literatura con otras artes nos remite a pensar en una de las novelas de Agustín Yáñez: *La creación*. Al tener como antecedente la obra de autores como Yáñez, Rulfo, Fuentes y otros, con quienes se impone definitivamente en México la narrativa moderna, esta nueva generación de escritores contemporáneos, a la cual Matilde pertenece, utiliza una amplia gama de técnicas narrativas modernas, características de la narrativa de fin de milenio, para expresar en forma literaria los problemas del hombre actual, cuestionándolo, confrontándolo.

Esta es una sociedad donde el amor tiene un precio...

Donde el amor tiene un precio, Matilde Pons, Guadalajara, Ágata, 1995

Reconstrucción del tiempo y la palabra en *Junturas*, de Raúl Bañuelos

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA

Raúl Bañuelos, nacido en Guadalajara, Jalisco, en 1954, tiene una vasta obra poética: *Tan por la vida* (1978), *Menesteres de la sangre* (1980), *Por el chingo de cosas que vivimos juntos* (1980), *Poema para un niño de edad innumerable* (1980), *Puertas de la mañana* (1983), *Cantar de forastero* (1988), *Cuaderno de miniaturas* (1992) y *Casa sí* (1994). Sus poemas han aparecido en diversas publicaciones del país y del extranjero, así como en varias antologías. Y él, con el poeta Raúl Aceves y Dante Medina, publicó hace poco una antología sobre la poesía reciente de Jalisco. *Junturas* es su libro más reciente. Y la confirmación de sus búsquedas y hallazgos.



Una cosa llama de inmediato la atención en este libro de Raúl Bañuelos: la apropiación de un ritmo rigurosamente personal. Y me parece que esa es la adquisición que señala la madurez de un poeta. Si en los libros anteriores del poeta ya se apuntaba a este resultado, *Junturas* es el lugar de confluencia de los hallazgos léxicos y rítmicos que habían madurado en *Cantar de forastero*. Y, además, con la seguridad del dominio del oficio. Bañuelos indaga en la razón del canto: la necesidad del poema en el círculo del tiempo. Quizá por eso ciertas huellas –afinidad espiritual– de otros poetas, principalmente César Vallejo. No digo influencia en el sentido más superficial: digo que a Raúl Bañuelos ya no le interesa ocultar sus lecturas; afirmo que la relectura apasionada le ha permitido encontrar su propia razón para el poema.

Y en ese encuentro está concebido este libro de Raúl Bañuelos. Dividido en dos partes, el volumen propone la reconstrucción –reflexión– de los caminos para concebir un poema y, al mismo tiempo, el modo de rehacer ciertos hitos de la existencia para hacer menos doloroso el paso del tiempo. Por eso dije arriba que César Vallejo es la huella más visible. Cierta hermandad espiritual permite establecer una relación entre *Trilce* y *Junturas*. Si el libro del peruano, a partir de la experiencia carcelaria, renueva el idioma poético y traza una bitácora existencial de dolor ante la privación de la libertad, el de Bañuelos –resultado de otra forma de prisión– marca su línea de navegación, a partir de los hallazgos de aquél, para asumir la necesidad del dolor en la palabra.

Y es que la selección léxica de Bañuelos, advertible sobre todo en la búsqueda de neologismos –verbalizar sustantivos, por ejemplo–, implica otra manera de nombrar la realidad. Pero no por mero afán de ser original (algunas veces, pocas, el resultado no es óptimo), sino por encontrar la “Juntura” exacta entre continente y contenido; mejor: por encontrar el momento justo en que la realidad exterior coincide con la emoción poética. Después, la construcción de la base y el empleo de ciertos recursos como la derivación, el políptote y la díloga, permiten que el ritmo del poema se ajuste a la intención. Es decir, el poeta y su oficio en la adquisición del ritmo personal.

La primera parte del libro –y la que le da su título– sería esa búsqueda de razones para encontrar la palabra necesaria; la segunda, el encuentro con un tiempo que deja huellas, acaso intolerables, pero que afinan los sentidos para encontrar una respuesta, seguramente preteritoria, pero que no impide la ejecución de la apuesta mayor: la reconstrucción de ese sentido del tiempo que busca su confirmación en la palabra.

Raúl Bañuelos, *Junturas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Coordinación Nacional de Descentralización/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, Querétaro, México, 1996, 84 p.

Ray Smith



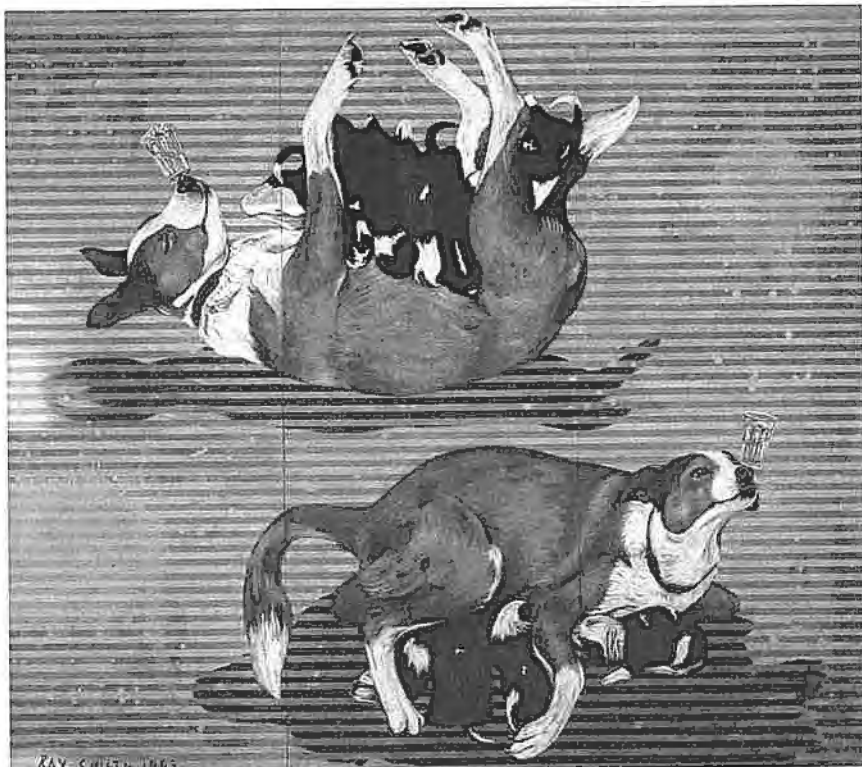
Happy birthday Cecilia / 243x243 cm/detalle / óleo sobre madera / 2 páneles / 1993

BAUDELIO LARA

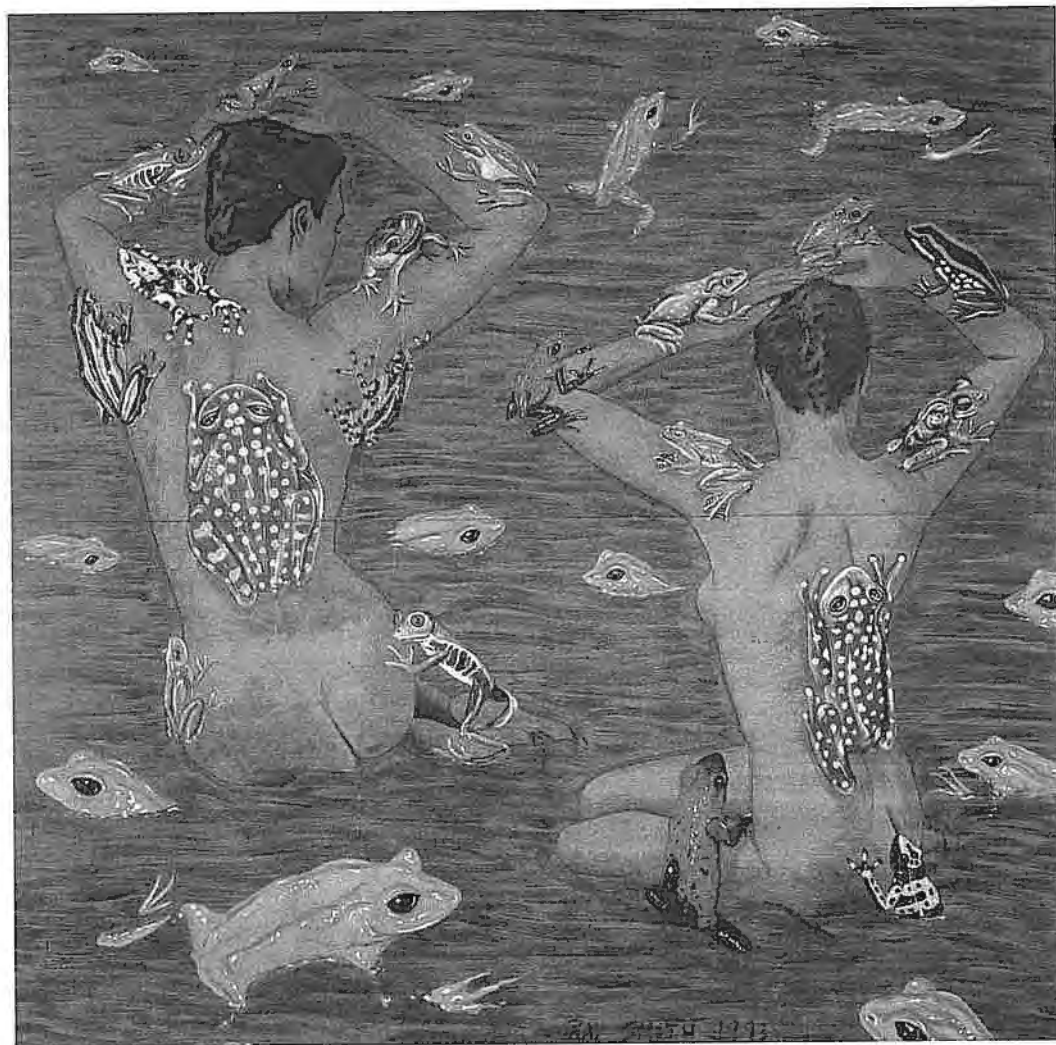
De Ray Smith, Carlos Monsiváis ha dicho que es un artista "inclasificable, entre otras cosas porque no tiene tiempo de detenerse y cederle a la posteridad, documentada, la percepción de su propia obra. Con celeridad, forzado por la urgencia de producir estas imágenes antes que otras las reemplacen en su mente. Smith pinta, graba, construye sus objetos, a partir de lo que para él es evidente: no hay distinción entre arte y realidad, entre fantasía y registro casi fotográfico de los hechos que nunca ocurrieron".

Uno diría que sus cuadros están contruidos bajo el signo de la transposición: la coexistencia de los mundos de la superficie y el fondo, la imagen y su reflejo, lo consciente y lo inconsciente, el sueño y la vigilia, lo fantástico y lo real y, sobre todo, como elemento iconográfico obsesivo particularmente evidente en sus obras, de la figura humana y los animales.

En algunas de sus obras se advierte este mecanismo en la organización de los elementos pictóricos por pares, pero no en los términos jerárquicos tradicionales de la figura y el fondo: las imágenes (principalmente una sola figura humana rodeada de animales como patos, ranas, peces, conejos) tienen el mismo valor perceptual y de significado e incluso comparten el mismo *status ético*: Smith ha dicho que los animales son sólo entidades (estados) de la figura humana. "Son bestias, pero están atadas a un proyecto original de nuestra propia existencia."



Halfempty, Half full / 231.4x243.8cm / óleo sobre madera / 3 paneles / 1993



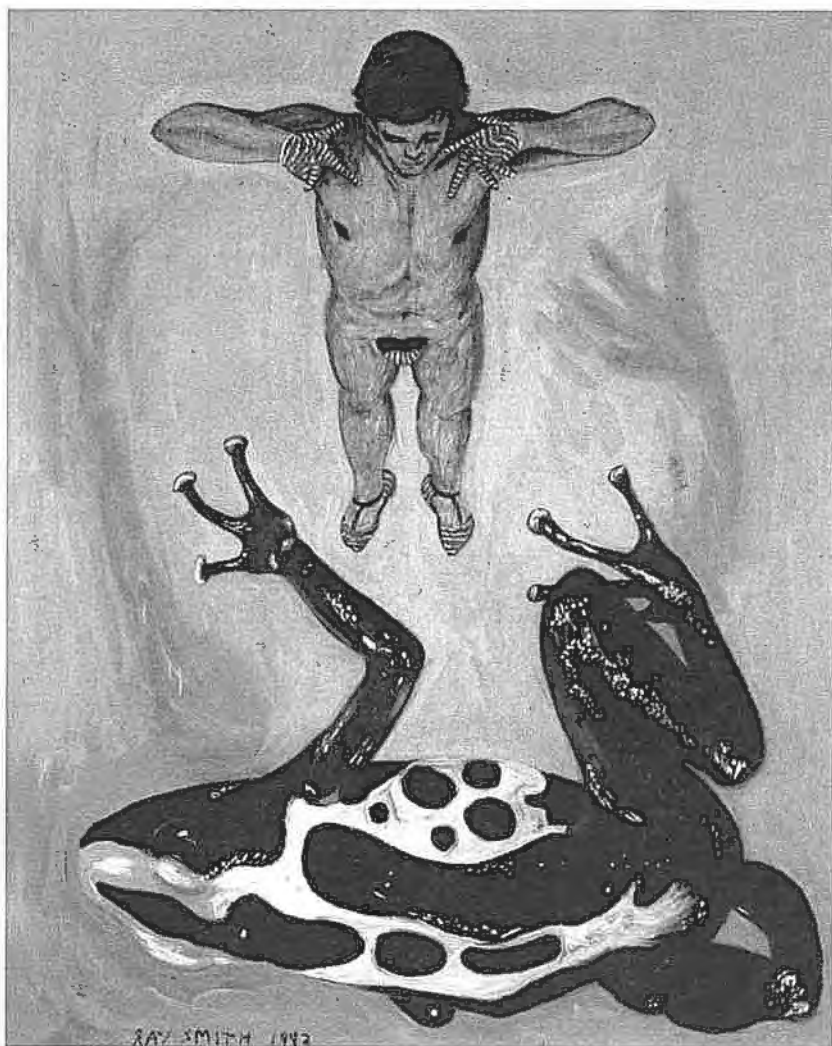
Pintura francesa III / 243.8x243.8 cm / óleo sobre madera / 1993

La relación de las imágenes en el cuadro parece, a primera vista, extraña, y obliga al espectador a emplear puntos de referencia no convencionales, cambiantes y transitorios y, en consecuencia, a tratar de entender o crear otros sistemas de relación entre las imágenes del cuadro. En un primer acercamiento, el cuadro puede aparecer abigarrado por acumulación de elementos o por la insólita contigüidad de las figuras; sin embargo, en seguida puede observarse que Smith utiliza imágenes simples y comunes que están dentro de los códigos visuales de cualquier espectador.

Aunque a veces se le ha calificado cándidamente de surrealista, su perspectiva no tiene nada que ver con la intención de convertirse en vehículo expresivo del Inconsciente o en manifestación simbólica de la dinámica imposi-

ble y arbitraria del Deseo. Por el contrario, su figuración está articulada bajo una lógica rigurosa en la que se percibe como tema central una preocupación "ecologista" sobre la relación entre el hombre y la naturaleza. Esta relación no es concebida como una correspondencia abstracta: es más bien la imagen mediatizada que puede formarse un habitante de las metrópolis (sus figuras humanas, por ejemplo, evocan ciertos rasgos formales del *pop art* y las imágenes de los animales seguramente fueron tomadas de revistas como *National Geographic*).

Con todo, la naturaleza aparece como un estado de fragilidad, precario y vulnerable, no exento de una dosis de fe: ejemplo de ello podría ser un cuadro suyo titulado *Half empty, half full*, una representación de la maternidad en el que dos perras amamantan dulcemente a sus



En vez de mi II / 106.5x85cm / óleo sobre madera / 1993



Autorretrato con calamar / 228.6x203.2cm / óleo sobre madera / 3 paneles / 1993

cachorros al mismo tiempo que juegan a equilibrar un vaso con la nariz. Quizá por ello, a pesar de su carácter casi monumental (utiliza con evidente gusto el gran formato) sus obras tienen una temática íntima que no puede dejar de verse con simpatía.

En la película *La haine (El odio)*, de Mathieu Kassovitz, uno de los protagonistas, Vinz, cuenta a sus amigos que ha visto vagar una vaca entre los angostos pasillos del conjunto habitacional donde viven, en medio del violento ambiente de revuelta que es el tema

central del filme. Ellos, por supuesto, no le creen ni le dan la menor importancia a su ¿sueño? ¿visión?

En los escenarios urbanos de fin de siglo hemos desterrado de nuestro imaginario la figura del animal. En la obra de Ray Smith la pintura parece ser un medio para reconciliar el mundo animal con el mundo de la cultura y para plantear al espectador esta pregunta: "¿Es la naturaleza la depredadora o son las figuras las depredadoras de la naturaleza?". El propio artista contesta: "Existe un sentido de flaqueza en ambas. Las dos juegan dentro y fuera de cada una", ambas son caras de una misma moneda.



Tratar de volar juntos,
hacer eso que dices.
Por ti, fantástico: estamos muertos.
Me siento desgraciado,
los problemas, las obligaciones,
escapar un poco.
La razón: tus piernas de agua.

MARCO

Me quiero ganar tu olor.
¿Es posible ir siempre tristes?
Hazme ver la noche.
No puedo caminar...
Te pido el amor al amanecer.
Hace mal hablar, amigos:
imposible entender vacíos.

FABIÁN Y JUAN PABLO VADILLO (POLLO)

Textos al padre

Papá es cielo y los hijos nubes en el mar. Papá es mar y los hijos peces; la lluvia es papá y los hijos son el campo. Papá es tierra y los hijos son semilla.

JUAN CÉSAR

Mi papá es la tierra que me da casa, calor, cariño. Es muy bueno conmigo y también es comprensivo. La tierra guarda raíces, como mi papá guarda los recuerdos de cuando yo era más pequeña. La tierra germina las semillas como mi papá germinó la semilla para que naciera yo.

TANIA

Mi papá es el mar que nos pasea y nos da de comer, agua que nos sostiene. Las olas del mar son como sus arrugas y los peces son su estómago cuando cruje. Coletazos de ballena son sus nalgadas, pero son suaves cuando nos acaricia.

ARTEMIO

Me tiene más allá
Sin el poder de ver
Atrévete a morir
Cariño de cristal
La muerte goza tu boca
Mañana, la noche mágica vendrá.

SANTIAGO

GILBERTO

Pintar en papel kraft

Al cuerpo
su triangular marcha
Contar detenida cuatro orillas
El ancho
el trazo:
la mano que se encuentra con su herida.

Los textos aquí publicados son producto del taller literario infantil que anima y dirige la maestra Carolina Aranda

El desierto

La muerte en el desierto abundante por las arenas ardientes.
Espejismos que imaginas delirando en el desierto desesperante.
Las serpientes se arrastran por la tierra esperando su manjar.
Las ratas-canguro esperan escaparse de sus mortales enemigos.
Entre las calientes arenas del desierto se encuentran
esqueletos hechos por el sol
zopilotes volando en el aire, sedientos de sangre.
Los escorpiones tienen tenazas de muerte.
Cactus con espinas ardientes como el sol.
El sol pica, como el cactus.
Oasis: alivio del desierto.
Kilómetros de sufrimiento y jornadas de sol.

MAURO
JULIO
JUAN PABLO

En el instante
sugerirle al papel su herida:

color abatido y designio
señales que la palabra lleva
en el cuerpo del poema.



Ya vamos felices a otro lugar.
No quiero un regalo como las horas.
Es peligroso tener mi corazón lejos.
No creo en algo horrible,
es absurdo.
No hay vivos,
viene tiempo malo.
Sé lo mismo.

CARLOS ANDRÉS Y JULIO CÉSAR

Revista Universidad de Guadalajara

Las propuestas científicas de hoy escritas por los mejores académicos.

Dossier más recientes:

Exención a los niños sobresalientes

Desarrollo sustentable ¿realidad o retórica?

Desarrollo sustentable
¿realidad o retórica?

De venta en principales librerías y puestos de periódicos

Suscripciones

Av. Enrique Díaz de León sur 514-2 Telfax 827-2105

Universidad de Guadalajara
Coordinación General de Extensión

Cupon de suscripciones

Anual (6 números)

\$90.00 en el país

\$20.00 u.s. dls. en el extranjero

Suscripción a partir del bimestre: _____

Nombre: _____

Institución: _____

Calle _____ núm. _____

Colonia: _____ Ciudad: _____

Estado: _____ CP _____ País _____

Teléfono (s): _____

Enviar adjunto cheque o giro postal a nombre de
Universidad de Guadalajara, Av. Vallarta 1668, cp 44140.

Más informes al teléfono 827-21-05

En internet:

<http://www.udg.mx/notypub/RUG>

<http://www.udg.mx/notypub/luvinas>

70 años de publicar
el conocimiento
académico

Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara

Teatro Degollado
domingos, 10:00 a.m.





Diferentes Caras

Diferentes Salas

Nos muestran grandes obras.

Visítalo!



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

*Martes a sábados 10:00 a 20:00 hrs. Domingos y días festivos 12:00 a 18:00 hrs. Lunes cerrado
Av. Juárez 975, planta baja, C.P. 44100, tels. 826 61 14 y 826 19 59, ext. 24. Guadalajara, Jalisco.*